

# El Correo

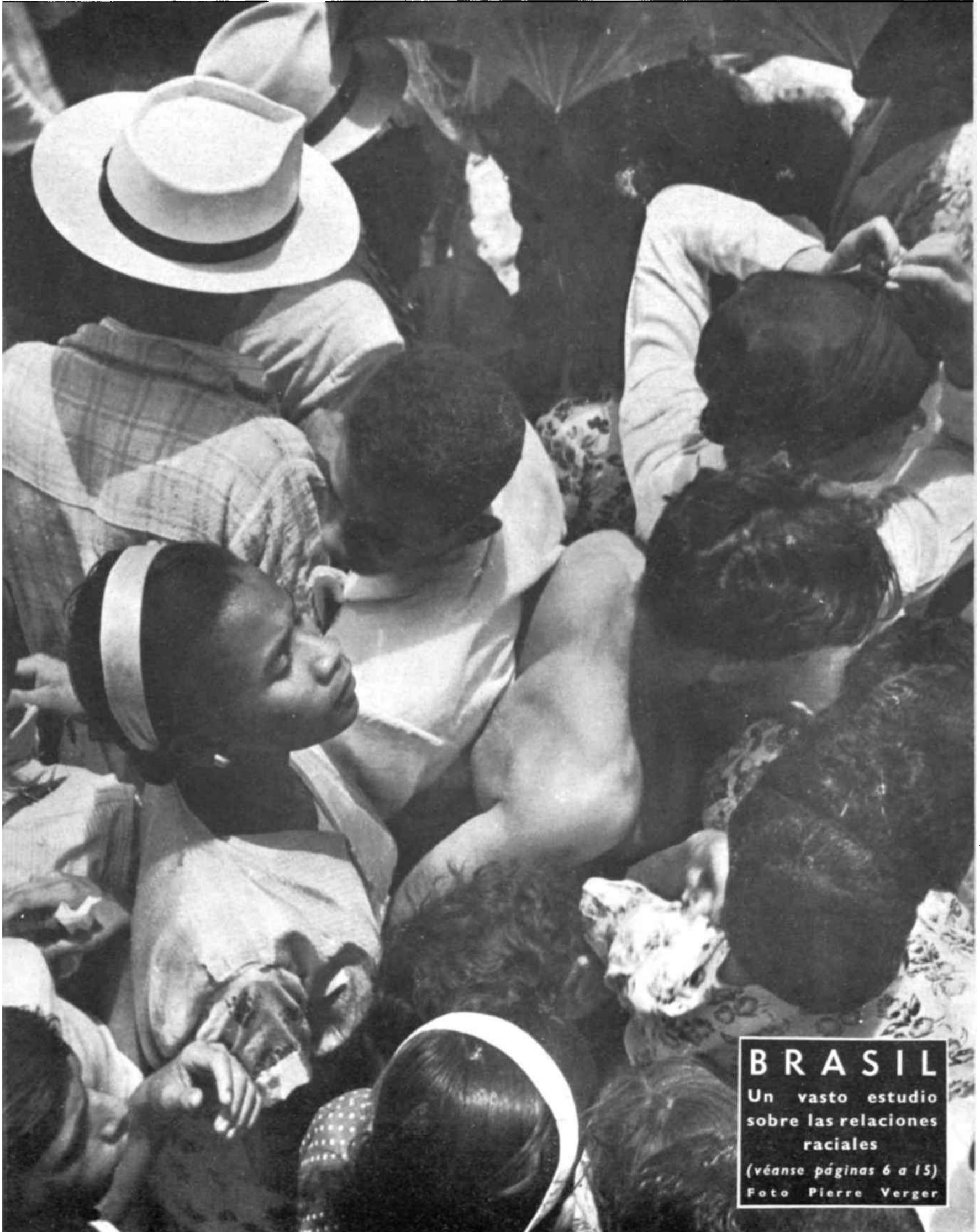
PUBLICACION DE LA ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS



PARA LA EDUCACION, LA CIENCIA Y LA CULTURA

VOLUMEN V — Nos 8 y 9.

AGOSTO-SEPTIEMBRE DE 1952



**BRASIL**  
Un vasto estudio  
sobre las relaciones  
raciales  
(véanse páginas 6 a 15)  
Foto Pierre Verger





Basta con que se ponga el cartelito "Esta tarde, programa de televisión" para que muchos aldeanos acudan a solazarse e instruirse a través de la reducida pantalla del aparato receptor...



...(arriba) los niños demuestran siempre su impaciencia por entrar al salón de clase. Por la noche, los mayores (abajo) se reúnen allí para ver y luego comentar la transmisión ofrecida.



# ENTORNO AL APARATO DE TELEVISION

por Henry R. Cassirer

HASTA hace dos años, la aldea de Nogentel, situada a 90 kilómetros al este de París, pensaba en la televisión como en uno de los milagros de la ciencia moderna; uno de esos milagros que, como la energía atómica y el aire acondicionado, pertenecen a un mundo remoto y absolutamente ajeno a la vida tradicional que allí se lleva. Pero hoy los habitantes de la aldea se reúnen varias veces por semana para ver programas de televisión en el local de la escuela — local que consta de una sola habitación grande —, y Nogentel se enorgullece de haber iniciado un movimiento para la asistencia colectiva a la teledifusión de programas diversos, movimiento que puede tener gran significado para muchos países.

En la actualidad la televisión progresa rápidamente, no sólo en Estados Unidos y en Gran Bretaña, sino también en muchos países de América Latina y de Europa. Hasta en Asia y en África se están tomando medidas para fundar estudios y equipos de televisión. Pero por ser los aparatos receptores tan caros, existe el peligro de que este nuevo medio de educación e información se convierta en poco más que en fuente de entretenimiento para los que puedan darse el lujo de comprarlos. Por ello, la Unesco se interesa grandemente por el movimiento de asistencia colectiva en las aldeas francesas a la teledifusión de programas, movimiento que señala un camino para poner la televisión al alcance de las clases económicamente débiles y hacer uso de ella principalmente para cumplir propósitos educativos. La contribución de Francia en este sentido merece ponerse a la par de otros esfuerzos, bien diferentes por cierto, que se llevan a cabo en Inglaterra y en Estados Unidos.

Examinemos ahora lo ocurrido en Nogentel, Gland, Chaudun y otras cuarenta aldeas de 200 o 300 habitantes, donde las gentes se ganan la vida como agricultores, horticultores o viticultores, apareciendo a veces entre ellos un granjero acaudalado o una condesa. La idea de usar aparatos de televisión en estas aldeas para entretener y educar a los habitantes de las mismas surgió primero entre un grupo de gentes que habían tratado de organizar « clubs » cinematográficos, pero tropezó con muchos obstáculos para ello a causa del alto costo de los proyectores y del alquiler de las películas, así como de las dificultades que entrañaría el trasladar de aldea en aldea los pocos proyectores disponibles, dejándolos en manos de operadores torpes que a menudo habrían de causarles serios desperfectos. Tanto esos « clubs » cinematográficos como los actuales « clubs » de televisión están dirigidos principalmente por los maestros de escuela primaria.

El plan trazado por estos maestros, conjuntamente con un grupo de entusiastas aficionados a la televisión, es el siguiente: con el concurso de diversos fabricantes de aparatos receptores, se instala por corto plazo uno de éstos en la escuela y se invita a los habitantes de la población a ver por la noche los programas que se ofrecen. En un principio, la asistencia es gratis, y luego se les cobra una pequeña cantidad como entrada. Al cabo de unas cuantas semanas, el maestro pregunta a esos espectadores si desean comprar el aparato. En todos los casos ocurridos hasta la fecha la respuesta fué afirmativa, y muchas gentes de las aldeas y pequeñas poblaciones se ofrecieron a adelantar los fondos necesarios (en Francia éstos ascienden a 180.000 francos, o sea, 500 dólares por la instalación completa de un aparato con una pantalla de un metro veinte por un metro). Se forma un comité local, que organiza la compra, fija el precio de la entrada (del que se va devolviendo su dinero a los que lo han adelantado para efectuar la compra) y elige los programas de entre los que se ofrecen al público, ya que las reuniones se realizan solamente pocas noches por semana.

Pronto los habitantes de la aldea o pueblo van adquiriendo la costumbre de reunirse en el local de la escuela para tener un rato de expansión; así como para educarse y discutir públicamente diversos puntos, aunque ello sea de manera espontánea y casual. Como es lógico, se estrechan vínculos entre el maestro y la comunidad; al mismo tiempo, los adultos se toman mayor interés por la vida de la escuela.

Una de las condiciones esenciales al cumplimiento de este plan es que se pueda disponer del aparato durante el día, para que los alumnos sigan en el aula los programas educativos que ofrece la televisión francesa. Otra, que una vez que su importe haya quedado pagado totalmente con el producto de las entradas, la escuela entre en posesión definitiva del mismo. Por consiguiente, el plan tiene ventajas inmediatas para aquélla, y, con el tiempo, llega a convertirse en una valiosa fuente de recursos extraordinarios que pueden ponerse al servicio de sus necesidades. Con esos recursos se financian viajes del alumnado, se compran aparatos o útiles de deporte y se pueden pagar los gastos de los espectáculos teatrales que monten los alumnos.

Al mismo tiempo, todos esos grupos de gentes que se reúnen para ver programas de televisión hacen crítica constructiva. Se han opuesto, por ejemplo, a que se televisaran películas de « gangsters », con el resultado de que se acabó por suprimirlas definitivamente de los programas. Los organizadores se dan cuenta de que el movimiento que han iniciado puede resultar realmente beneficioso sólo en el caso de verse apoyados en su obra por la presentación de programas educativos especiales, para los cuales pueden preparar de antemano a su público proporcionándole una información especial. Por consiguiente, tanto educadores como dirigentes de la televisión francesa tienen la intención de colaborar para una serie de programas de esa índole.

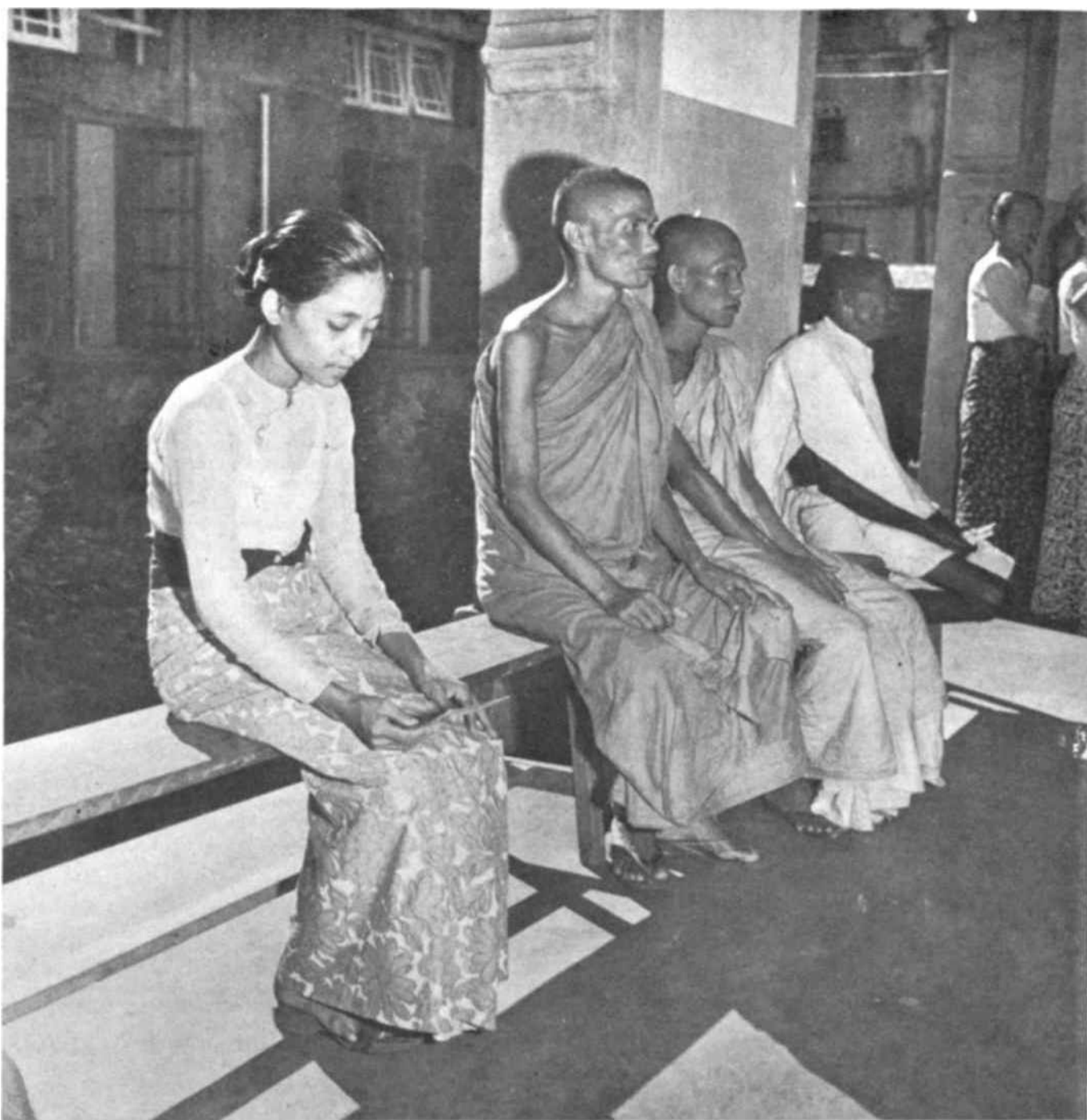
Lo realizado por campesinos y maestros de los departamentos de Aisne y Marne no es sino un comienzo. Por lo pronto, ha cristalizado ya en la creación de la Federación Nacional de Televisión Educativa y Cultural, que apoyará todo movimiento de ese carácter en cualquier parte del país; y, aunque no sea sino un comienzo, el proyecto cuenta con la aprobación oficial de la *Ligue Française de l'Enseignement*. Con el tiempo, quizá los esfuerzos de esos campesinos y maestros de Francia lleguen a ayudar a otros países para que la televisión se convierta en fuerza vital al servicio de la educación, la difusión del conocimiento y el goce de una vida cultural tan intensa como extensa en todos y cada uno de ellos.

# 40.000 KILOMETROS A TRAVES DEL SUDESTE DE ASIA

(4)

## UN REPORTAJE DE RITCHIE CALDER

Ilustraciones de Eric Schwab,  
fotógrafo de las N. U.



Bajo el impulso de una personalidad dinámica como Daw Khin Kyi, viuda de un héroe nacional, las mujeres y hasta las jovencitas de Birmania se dedican en número cada vez mayor a seguir la carrera de médicos, enfermeras, asistentes sociales o parteras. Para los dispensarios (foto de arriba) constituyen un personal inestimable, pero la devoción con que ejercen esas profesiones no resulta menos útil en los cuchitriles como el que muestra la foto de abajo, donde seis personas, una de las cuales está tuberculosa, viven en una sola habitación.



## EN BIRMANIA,

«No, no!» protestó Daw Khin Kyi, al llamarla un admirador servil «Madrecita de nuestro país». «¡Hermanita!» y gracias!

La «Hermanita de su país» es la viuda de Aung San, el estadista que negoció con Gran Bretaña el tratado que dió a Birmania su independencia. Aung San fué asesinado por sus rivales políticos en los mismos edificios del gobierno donde trabaja actualmente Daw Khin Kyi.

Como viuda de un héroe nacional, se le habrían rendido honores en Birmania; pero ella se ha conquistado un puesto de honor por su propia cuenta. No se hace llamar «Madame Aung San» sino que, en este país de mujeres emancipadas, conserva su nombre de soltera (que se pronuncia «Dokinchi») y se gana la vida como directora del Departamento de Previsión para la Madre y el Niño.

Me habían prevenido contra la simpatía de esta mujer; y digo «prevenido» porque se dice que su sonrisa pronta, y, más aun, su risa es capaz de desarmanar a todo el mundo, convertirlo a su punto de vista y hacerla ganar cualquier discusión.

A causa de esa sonrisa y esa risa me ví de pronto devorado por los insectos nocturnos, sentado en medio de un jardín tropical y convertido en espectador de una revista de la que no entendía una sola palabra. No sirvió de nada argüir que habíamos estado todo el día fuera, desde el amanecer, trabajando con un calor asfixiante, sin tomarnos un minuto de descanso, ni siquiera para comer. Ni siquiera me sirvió de excusa el haber hecho todo eso en bien de las madres y los niños por los que trabajaba Daw Khin Kvi. Esta, al oírme, no hizo otra cosa que sonreír y sonreír...

Era el día en que las estudiantes a su cargo recibían el diploma de enfermeras. Se habían ganado el título con duro esfuerzo, saliendo al interior del país, a las aldeas del Delta del Irrawaddy y a los estados montañosos; y ella quería que, de todos modos, las chicas se divirtieran. En otro tiempo también había sido enfermera; cuidaba de Aung San, en aquel entonces caudillo de la resistencia birmana, y así fué como empezó su idilio con él. Daw Khin Kyi había preparado una fiesta para sus estudiantes, y éstas, a su vez, le habían preparado simultáneamente otro festejo.

Las doce chicas eran el orgullo y la alegría de Daw Khin Kyi. Ella misma las había elegido en el interior del país y traído a Rangún a prepararse, ya que las muchachas educadas en la ciudad difícilmente se adaptarían a la vida del campo, donde



## IGUALDAD ENTRE MUJERES Y HOMBRES

tan necesarias son las enfermeras. Y ellas, respondiendo a la distinción, se habían graduado con todos los honores.

La idea que tenían de un homenaje a su maestra era llevar a escena una pieza o una serie de cuadros de revista, con bailes y canciones, en que se contara la vida de una estudiante de enfermera, diciendo, entre chistes populares y efectos de golpe y porrazo, por qué se dedicaban todas ellas a esa noble profesión.

La robusta figura que se veía sentada bajo la higuera de Bengala era U Bat Sein, secretario permanente de los Ministerios de Salud Pública y de Educación. El hombre reía a mandíbula batiente y aplaudía con toda su alma.

«Este espectáculo —dijo— es parte de la solución a nuestro problema de reclutamiento de enfermeras. Si mandamos a las chicas en jira por el país, las gentes quedarán encantadas y muchas otras chicas se precipitarán a presentarse como voluntarias...»

Daw Khin Kyi tiene también otros métodos. Por ejemplo, hace que las mujeres de los ministros se presenten en reuniones femeninas. Y como casi todas ellas han sido enfermeras, médicos o mujeres con alguna profesión liberal, sirven de buen ejemplo para ilustrar el principio de que si una chica se dedica a enfermera, puede encontrar un buen partido.

«Pero —le dije yo en cierto momento— si se va a preparar a todas estas muchachas como enfermeras sólo como preludio a su casamiento, ¿de qué vale todo el esfuerzo que se haga?»

Mi interlocutora sonrió con un poco de lástima ante esta lógica masculina.

«El esfuerzo que se haga en preparar a una mujer para cualquier profesión nunca está perdido en nuestro país. Aun cuando se dedique a su hogar, esa mujer no abandona nunca la experiencia que haya adquirido en uno u otro campo de actividad. Aunque se case con un hombre modesto, la enfermera sigue siendo para los demás la «buena vecina». Las habilidades que posee para atender o curar forman parte permanente de la vida de la comunidad. Y, además, cuando una mujer se casa no abandona por ello su carrera. Hay más mujeres que hombres médicos en Birmania. El primer abogado del país es una mujer...»

Y me citó una lista completa, señalando de paso que las mujeres eran las que organizaban y diri-

gían la mayor parte de las instituciones sociales del país.

Por ello Birmania ocupa una situación excepcional en el conjunto del sudeste de Asia. Es el país en que, desde tiempo inmemorial, las mujeres han disfrutado de la igualdad con los hombres; igualdad que, en cierta época, llegó hasta permitirles el ejercicio de la poliandria. El casamiento es allí un contrato igualitario de orden civil, no religioso; y el divorcio puede obtenerse con el consentimiento de las partes. Los bienes son gananciales. Además, son las mujeres las que se dedican al comercio en su mayor parte, y cuando para hacerlo así hay que atender un puesto de venta en el mercado, con harta frecuencia el que se queda a cuidar de la casa es el marido.

Birmania reclama también el calificativo de excepcional por lo que respecta a la alta proporción de alfabetizados con que cuenta. Siguiendo la tradición budista, las chicas y los muchachos han asistido a las escuelas instaladas en los templos, escuelas que ahora dirigen maestros laicos (con lo que los sacerdotes han perdido otra función secular); pero los educadores que visitan el país, así como un crecido número de birmanos, han expresado ciertas dudas sobre lo que se entiende allí por «alfabetismo». En todo caso, el contenido de la educación deja muchísimo que desear.

Una de las cosas más estimulantes que han ocurrido en este sentido en la Birmania independiente de hoy es la creación de la Sociedad Birmana de Traducciones, que se ha propuesto traducir al idioma local las mejores obras de todas las literaturas. El gobierno, que apoya la obra de esta Sociedad, la ha ayudado a enviar misiones a diversas partes del mundo con objeto de obtener la colaboración necesaria para esta empresa de verdadero progreso.

Otro hecho interesante es el movimiento de educación de masas. Aung Min, Secretario del Consejo de Educación de Masas, me habló de la forma en que, pese a las insurrecciones producidas en el interior del país, recorrian las aldeas los organizadores de la educación de masas preparados oficialmente por el Gobierno para esa función.

«Nuestras actividades —dijo— están completamente confinadas a las zonas rurales. Designamos una aldea determinada como centro de un distrito —incluso en los estados montañosos. Los centros así fundados ascienden actualmente a 105».

«Elegimos hombres con condiciones de jefes y les damos la preparación requerida en una serie

de cursos que duran seis meses. Nos preocupamos especialmente de la salud, luego de la agricultura, la artesanía doméstica e industrias rurales, cooperativas y técnicas, así como de la educación de adultos. Los hombres vienen de las aldeas y vuelven a ellas como organizadores.

La casa de un organizador, por lo que respecta a limpieza y medidas sanitarias, se convierte en la casa modelo de la aldea, que servirá de ejemplo para que otros mejoren las suyas. El organizador vive la vida de los habitantes de la aldea y se identifica con los problemas de trabajo de éstos, como, también, con los de salud y educación que puedan presentársele. También dirige a los niños en una serie de juegos y a los adultos en la campaña contra el analfabetismo.

A los sacerdotes les está reservada una parte importante en este movimiento. Ellos son los que instan al pueblo de la zona en que viven a fundar un centro comunal y obtener el concurso de un organizador de educación de masas. Muchos de los centros, en consecuencia, funcionan en los monasterios, igual que las escuelas.

A solicitud del gobierno de Birmania, la Unesco envió allí al Dr. Tisinger y al Profesor Hernández para que le ayudaran a resolver sus problemas de orden educativo. Uno de los más grandes es la preparación de maestros. Contra 45.000 que se necesitan en todo el país, hay sólo 13.000, cifra que denuncia un déficit de 32.000. Aparte de ir llenando ese hueco, las escuelas normales producen sólo la quinta parte de quienes hayan de substituir a los maestros existentes. En este momento, se están formulando los planes para la fundación de nuevas escuelas normales y nuevas mejoras en la educación general, de acuerdo con las recomendaciones de la Unesco por lo que respecta tanto a los estudios normales como a la educación fundamental.

La tarea de proporcionar a un país el personal necesario a la administración pública, la educación, los servicios sanitarios, las nuevas industrias, la agricultura y una serie de servicios económicos y financieros, es verdaderamente fabulosa. El Gobierno de Birmania lo ha reconocido así por medio de la extensa y variada serie de solicitudes que ha formulado a la Unesco para que ésta le envíe misiones de ayuda técnica.

Pero una de las ventajas, y no pequeña, con que cuenta Birmania, es la plena participación de las mujeres en todo ese programa; porque, cuando las mujeres se muestran partidarias de un cambio, todo se hace posible.

# INFORME SOBRE LAS RELACIONES RACIALES EN EL BRASIL

por el Dr. Alfred Métraux



¿CUAL es la razón de que la Unesco haya elegido el Brasil para realizar allí una investigación sociológica sobre relaciones raciales? En este artículo desearíamos responder cabalmente a esa pregunta, que se nos ha formulado repetidas veces. Puede parecer sorprendente, en efecto, que para realizar un estudio de esa índole una organización internacional elija un país que, según todas las trazas, no presenta ningún problema urgente al respecto. Estamos tan acostumbrados a dirigir concentradamente nuestros esfuerzos al estudio de condiciones o estados de crisis, que resulta lógico que una situación más o menos armoniosa escape a nuestra atención.

Hasta el objeto mismo de la investigación ha llegado a crear alarma entre algunas gentes, preocupadas por las repercusiones que un estudio de esta índole podría tener sobre la situación que se trata de describir y comprender. «Hay que procurar— se nos ha dicho— evitar que los brasileños adquieran conciencia de unas diferencias raciales a las que hasta ahora, si hemos de creer en la evidencia de los hechos, no han prestado mayor atención. No se debe despertar con investigaciones indiscretas un antagonismo que puede estar siempre latente».

Aun hechas en serio, semejantes observaciones no pasan de una simple humorada por lo que se refiere a su alcance. En efecto, todo el mundo sabe muy bien que, en el estado actual de cosas, las ciencias sociales no pueden ejercer ninguna influencia inmediata sobre actitudes que tengan un arraigo secular. Por lo demás, es lógico que cause asombro el hecho de que el estudio de las relaciones interraciales en el Brasil forme parte de la lucha emprendida por la Unesco contra el prejuicio y la discriminación de razas. Explicar las razones de elección de ese país para una investigación como la mencionada es tanto más importante cuanto que la gravedad de los conflictos raciales en otras regiones del mundo parecería exigir forzosamente una orientación completamente diferente a la elegida. Pero no es por un deseo de evasión, ni por amor de lo fácil, por lo que la Unesco se ha decidido a analizar las reacciones y conducta de los brasileños en cuanto se refiere a la cuestión racial.

La discriminación de esta índole, bajo todas sus formas, ha sido objeto ya de incontables trabajos. No bastarían varias bibliotecas enteras para agotar el montón de los libros y artículos consagrados a la descripción y análisis del prejuicio racial y sus efectos. Sólo en los Estados Unidos cientos de organizaciones e instituciones públicas y privadas se ocupan de los problemas creados por la discriminación de razas, en la esperanza de llegar a resolverlos por la aplicación de métodos científicos. Las tensiones verdaderamente temibles que el antagonismo racial provoca en África del Sur han producido un sinnúmero de comentarios y estudios, que no hacen sino ir en aumento. A la Unesco le habría sido difícil encontrar hechos inéditos que agregar a la masa de los ya acumulados, y cabe dudar que una o varias investigaciones suplementarias pudieran arrojar nueva luz sobre problemas estudiados y discutidos con tanta frecuencia. Desde luego, los raros ejemplos existentes de relaciones sociales armoniosas no han gozado, por parte de los hombres de ciencia y del público, del mismo grado de interés.

Pero, por otra parte, la existencia de un país en el que viven en armonía razas diferentes constituye un hecho importante, susceptible de tener profunda repercusión en el conjunto de la cuestión. Uno de los dogmas esenciales del racismo es el de que hombres de razas diferentes no pueden vivir mezclados sin condenarse a la decadencia moral y física. Los racistas proclaman que la única solución para los países en que coexisten dos o más razas diferentes es la segregación absoluta. Según ellos, habría una incompatibilidad congénita entre los seres humanos que se diferencian por el color de la piel, o la forma de la nariz. Si se puede llegar, con uno o varios ejemplos concretos, a demostrar que esta tesis, o mejor dicho esta creencia, es falsa, no habrá ya manera de excusar las injusticias y sufrimientos que las políticas de segregación imponen a los miembros de las razas calificadas de «inferiores».



EL caso del Brasil constituye el argumento más fuerte que pueda oponerse al credo racista. No dejará de ser conveniente, por lo tanto, conocer mejor un clima social que ofrece semejante desmentido a todo lo que los políticos y los doctrinarios del racismo proclaman continuamente. La impresión general que las relaciones raciales en el Brasil producen en el viajero o visitante es excelente, y hace tiempo que tanto éstos como el sociólogo expresan su sorpresa al observar allí actitudes diferentes de las que existen en la gran mayoría de las regiones del mundo. Se saluda al Brasil como a uno de los raros países que han llegado a implantar en el mundo la «democracia racial». Pero la ciencia no puede darse por satisfecha con comprobar estas cosas de un modo general; la ciencia quiere saber si esta armonía es real o sólo aparente, y si se manifiesta de la misma manera en todos los medios sociales y en todas las regiones del Brasil.

Varios estudios realizados con anterioridad —particularmente los traba-

jos históricos de Gilberto Freyre y las investigaciones sociológicas de Donald Pierson en Bahía— confirmaron la opinión favorable que el mundo se había formado ya de la situación racial del Brasil, aunque no se hubieran disipado todas las dudas existentes al respecto. Por ejemplo: algún incidente exagerado por la prensa, así como las expresiones irritadas en que a veces incurrieran ciertas organizaciones negras, han hecho temer a algunos que las relaciones raciales en el Brasil no fueran tan armoniosas como muchos brasileños y extranjeros se complacían en creer. Pero aun cuando no hubiera surgido ninguna nota discordante, siempre habría valido la pena ilustrar con ejemplos concretos la armonía establecida en el país, así como explicarla a los de fuera. El hombre de ciencia tiene el deber de preguntarse cuáles han sido los factores determinantes de que el Brasil se librara de los frutos amargos que en tantas otras partes ha producido la discriminación racial.

Con la esperanza de extraer una lección del caso brasileño, la Unesco ha delegado en diversos equipos de sociólogos, antropólogos y psicólogos la tarea de completar los trabajos ya existentes por medio de estudios llevados a cabo en regiones no examinadas todavía y en grupos sociales diferentes de los ya considerados. La encuesta se ha extendido desde la región amazónica hasta la región industrial de São Paulo, y ha abarcado los medios más diversos, desde las aldeas del «sertão» a los círculos universitarios.

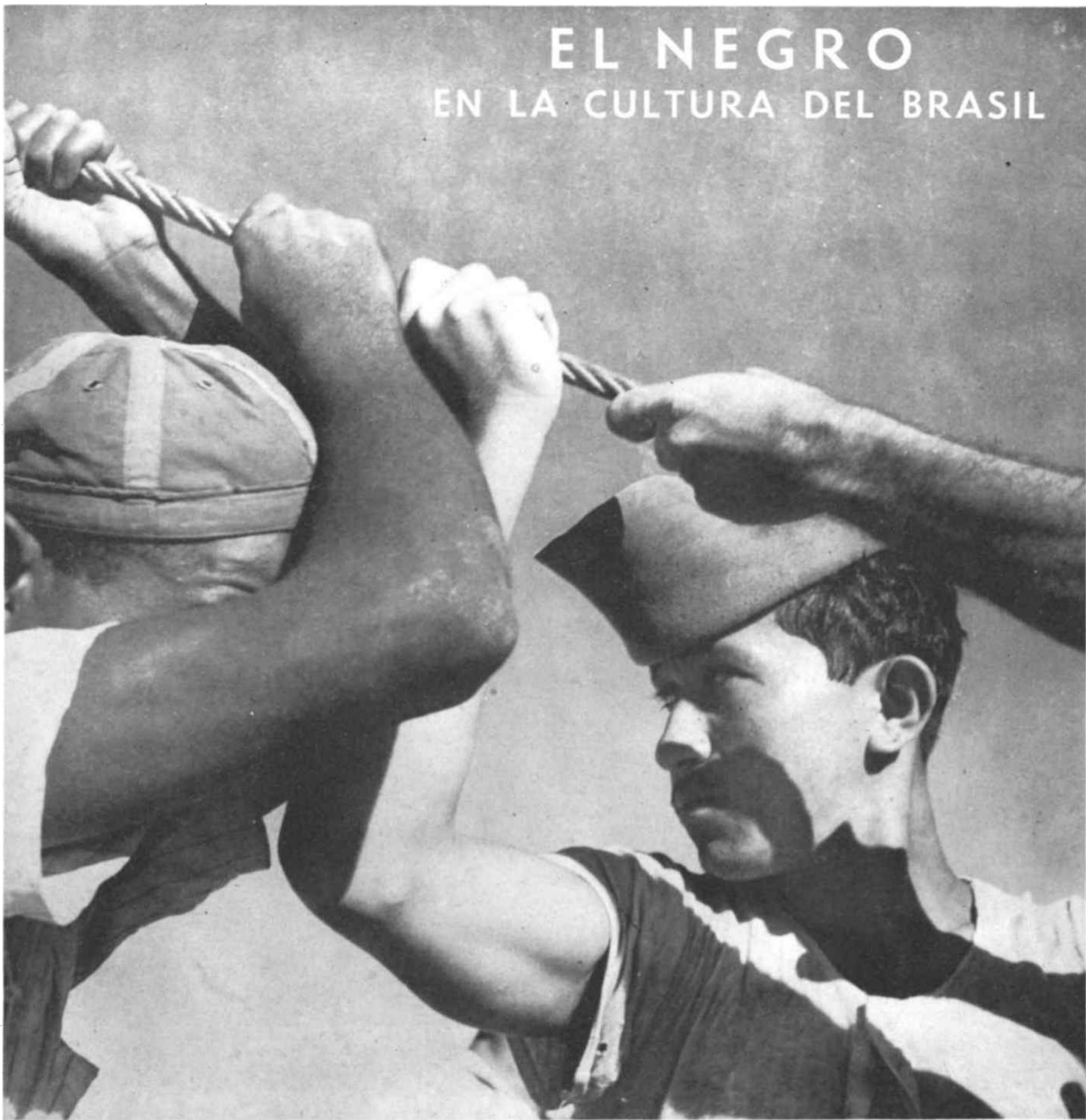


TANTO las autoridades brasileñas como los centros científicos han prestado a la Unesco su concurso entusiasta; por algo saben los brasileños que la reputación de su país no ha de sufrir menoscabo con tales estudios. Si en el cuadro hay alguna pequeña sombra aquí y allá, esas sombras no hacen más que resaltar la luz que lo inunda.

La encuesta de la Unesco en el Brasil ha adquirido un carácter puramente sociológico y psicológico, es decir, que se ha aplicado a la realidad social contemporánea, otorgándose a la historia una mínima parte de atención. Pero no hay que dejar de tener en cuenta que las actitudes raciales observadas en el Brasil son producto de una larga tradición histórica y que trasuntan un concepto ibérico de la persona del esclavo, concepto muy diferente del que ha caracterizado a otras potencias coloniales. Las leyes españolas y portuguesas han contenido siempre cláusulas favorables a los esclavos y han tratado también siempre de facilitar su liberación. Tales disposiciones legales reflejan la voluntad de las gentes de iglesia que, ya en el siglo XVI, defendían la condición humana de los indios y los esclavos negros. Por desgracia que fuera el esclavo en el Brasil, nunca llegó a descender a la categoría de bestia de carga. Una vez en libertad, estuvo en seguida en condiciones de aspirar a convertirse en miembro de la comunidad de los hombres libres y comenzar a ascender en la escala social.

Quienes deploran la presencia de unas importantes minorías de gentes de color en el Brasil olvidan con demasiada facilidad el papel que indios y negros han desempeñado en el proceso de la civilización brasileña. Como muchos historiadores lo han señalado ya, la nación habría tenido un carácter completamente diferente de no haber contado con el aporte africano, que debe a sus antiguos esclavos. ¿Cabe dudar de que esta contribución del negro enriqueció singularmente las tradiciones sociales, religiosas y artísticas de un país que, pese a su juventud, se manifiesta ya fuertemente original, un país que puede llegar a crear un nuevo tipo de civilización? A sombrarse de que un negro o un mulato puedan tener talento y llegar a ocupar una posición importante sería dar pruebas de un racismo inconsciente y poner en duda las facultades innatas de la gente de color. Al hacer alusión a la deuda que el Brasil ha contraído con sus ciudadanos de raza negra, no nos referimos a los hombres destacados que, de una manera total o parcial, pertenecían a ésta; lo que a nuestro entender resulta más significativo todavía es el aporte de los millones de esclavos importados de África, porque fueron ellos los que injertaron sus civilizaciones negras en el tronco portugués. La colonización del Brasil ha sido una aventura compartida por blancos y negros. Unos y otros han colaborado estrechamente —incluso a pesar suyo— en la creación de un nuevo medio social. El encanto de la vida en el Brasil se debe, en cierta medida, a las tradiciones africanas y a la forma en que éstas han ido modelando el carácter nacional.

Del ejemplo de este país se desprende otra lección: la de la importancia de los fenómenos económicos en la formación del prejuicio racial. En ciertas grandes ciudades, la rápida urbanización del Brasil ha complicado las relaciones entre blancos y negros, provocando conflictos que corren peligro de adquirir un carácter amenazador. La promoción del proletariado campesino en la escala social y la competencia entre inmigrantes extranjeros y la masa de las gentes de color que se establecen en los centros industriales podría destruir esta «democracia racial» si las manifestaciones racistas que suscita no tropezaran con una enérgica resistencia, fundada en una tradición liberal y generosa. En el Brasil se han promulgado las leyes «raciales» precisamente para combatir el racismo, no para darle existencia oficial. Por ello, como la investigación de la Unesco lo ha demostrado ampliamente, el Brasil continúa siendo un país ejemplar, destinado a desempeñar un papel de suma importancia en la formación de un mundo dentro del cual se practique, por fin, el respeto mutuo entre todos los hombres, sean cuales fueren sus credos o el color de su piel.



# EL NEGRO EN LA CULTURA DEL BRASIL

Foto Pierre Verger.

por **Gilberto Freyre**

MÁS de un autor ha dicho que cualquier estudio sobre la presencia del negro en el Brasil a lo largo de la formación de éste equivaldría a una historia del país; afirmación evidentemente exagerada, porque lo mismo se ha dicho no sólo del portugués, que hizo del Brasil una nación al desarrollar un sistema patriarcal, agrario, esclavista de vida, sino también del indio americano. Ha habido y hay aún intérpretes del desarrollo social y cultural del Brasil para los cuales debe considerarse al indio, y no al invasor europeo o negro, como la figura central del proceso. Para esos intérpretes la historia del país debe ser indocéntrica, no lusocéntrica o afrocentrica.

Como en tantos otros casos, en éste resulta difícil de resolver objetivamente el problema de adjudicar la primacía a uno de los tres grupos. Pero las pruebas más concluyentes reunidas hasta la fecha por antropólogos e historiadores de la cuestión social parecen indicar que el negro sólo le va en zaga al portugués como elemento básico al que Brasil debe no sólo su existencia económica, sino también los principales rasgos extra-europeos de su cultura moderna y organización social. Porque el Brasil constituye actualmente en América una cultura notable más por esos rasgos extra-europeos (aunque siga siendo predominantemente europea) que por sus características sub-europeas, pasivamente coloniales. Mucho de lo que contribuye a cimentar este vigoroso comienzo de una cultura originalmente brasileña se debe a que el negro, gracias al trato relativamente liberal de que fuera objeto por parte del portugués, ha tenido oportunidad de expresarse como brasileño, no viéndose forzado a comportarse como un intruso desde el punto de vista étnico y cultural; como brasileño de origen africano, no como africano indeseable que nunca debiera haber sido introducido en el país.

Tuvo lugar esta introducción en el siglo XV, no muchos años después de haber sido descubierto Brasil por los portugueses. Se trajo al negro como esclavo,

primero para completar las filas serviles del indio, natural del lugar, y luego para reemplazarlo, por ser éste tan difícil de mantener en la esclavitud que su empleo resultaba antieconómico. Los indianófilos encuentran en el hecho de ser el indígena tan difícil de capturar y mantener en esclavitud una prueba de que fué y es étnicamente superior al africano, en quien los psicólogos dedicados al estudio de cuestiones sociales, como McDougall, no han vacilado en encontrar una especie de instinto de sumisión. Más aun: los indianófilos hallan en este hecho evidencia de que los brasileños debían considerar al indio como un verdadero «salvaje noble» y que algunos debían sentirse honrados y orgullosos al saber que corre por sus venas sangre como la de aquél.

Esto podrá ser verdad, pero también es verdad que la insubordinación del indio americano contra el capturador de esclavos y su falta de adaptación a la rutina del trabajo agrícola en las plantaciones portuguesas no fueron del todo una expresión de psicología o carácter raciales, sino la consecuencia de encontrarse también, el indio, desde el punto de vista de una cultura propia, en una etapa nómada y antiagrícola, mientras que muchos de los africanos traídos al Brasil como esclavos habían alcanzado ya la etapa agrícola, no repugnándoles la vida sedentaria como le repugnaba a aquél.

Además, no es cierto que los africanos traídos al Brasil fueran siempre tan sumisos con sus amos, en abierto contraste con los indios revueltos. Los africanos se adaptaron a los trabajos sedentarios, pero no siempre a la esclavitud. Desde el primer período de la colonización europea del Brasil hasta la abolición de la esclavitud en el Imperio brasileño de 1889, hubo un número considerable de levantamientos, no sólo en las plantaciones, sino también en los pueblos y ciudades.

La más importante de todas las ciudades coloniales —São Salvador da Bahía— sufrió una violenta sublevación de los esclavos africanos contra sus amos en los

primeros tiempos del Imperio. Los astutos esclavos musulmanes fueron la «eminencia gris» que animó tanto éste como otros levantamientos, ya que Brasil tuvo la fortuna de contar, entre los africanos importados para la labor doméstica y el trabajo en las plantaciones, con un considerable número de musulmanes y un número mayor aun de negros que cayeron bajo la influencia islámica y adoptaron la religión y parte de la cultura mahometana. El hecho es que cierto número de estos africanos traídos al Brasil sabían leer y escribir en árabe y que algunos de ellos llegaron a importar libros en este idioma por oficios de un librero de Río de Janeiro, en una época en que, entre un gran número de propietarios blancos de plantaciones, los hombres apenas sabían leer sus devocionarios o hacer notas para su testamento, y las mujeres vivían en tal estado de ignorancia que se consideraban un dechado de perfecciones cuando, con gran esfuerzo, podían llegar a firmar su nombre.

Parece ser un hecho que se importó determinado número de muchachas africanas al Brasil con objeto de que los príncipes del comercio entre los portugueses que habitaban ciudades como São Salvador las tuvieran de favoritas. Se eligió a estas muchachas hasta cierto punto siguiendo cánones caucásicos de belleza y europeos de refinamiento, buscándolas generalmente entre gentes de grupos africanos arabizados o islamizados.

Con respecto a la historia del negro en el Brasil, no debe olvidarse que este país fué colonizado por el portugués que, ya en el siglo XV, empezó a capturar en Africa esclavos, utilizados luego para trabajos domésticos y como mano de obra en las plantaciones. Algunos de estos esclavos fueron tratados como miembros de las propias familias blancas, por las que llegaron a sentir, como es natural, una devoción enorme. El historiador portugués Zurara, figura del siglo XV, cuenta que conoció cierto

(Sigue en la pág. 8.)



Foto Jean Manzon.

(Sigue de la pág. 7.)

número de esos esclavos, mantenidos por familias portuguesas como si moral y sentimentalmente formaran parte de ellas; esclavos a los que de niños se enseñó y educó igual que a los hijos de esas familias, y a quienes se casó de la manera más cristiana del mundo con blancos de origen portugués.

Los colonizadores lusitanos, igual que los españoles, habían aprendido quizá de los moros a ser humanos con los esclavos que trabajaban para ellos en el campo, y más que humanos con sus esclavos domésticos.

El ejemplo fué seguido en buena parte en Brasil, aunque hay que reconocer que, bajo la presión de circunstancias económicas o ecológicas violentamente nuevas, algunos amos no fueron solamente inhumanos sino también crueles con sus esclavos. Para esos amos no había más que un deseo o ambición: hacerse lo más rápidamente ricos que fuera posible en el trópico. Por consiguiente trataron a sus esclavos no como miembros de sus propias familias patriarcales, de acuerdo a las mejores tradiciones árabes e ibéricas, sino como animales de los que un plantador ambicioso de caña de azúcar o café quería extraer el máximo de productividad con el mínimo de gastos. Pero es justo también dejar sentado que, como regla general, el sistema patriarcal de posesión de esclavos y explotación agrícola logró conservar por largo tiempo en el Brasil algunos de los métodos árabes de tratar a los esclavos que Portugal introdujo en Europa en el siglo XV.

Cierto número de observadores extranjeros dignos de toda fe nos dicen que la esclavitud en el Brasil se desarrolló bajo un signo mucho más humano que en las otras partes de América y del mundo que también visitaran. Algunos de ellos llegan a trazar un contraste entre la situación en que encontraron a los esclavos en el Brasil y la del los obreros de las nuevas

fábricas europeas a principios del siglo XIX, llegando a la conclusión de que era mejor ser esclavo en una plantación típicamente patriarcal del Brasil que trabajar libremente en la misma época en una fábrica de Europa.

También se ha comparado el trato de que eran objeto los esclavos en el Brasil dentro de ese régimen patriarcal con el que se daba a los obreros liberos en los años de «laissez faire» económico que sucedieron a la abolición de la esclavitud en la América portuguesa. Ciertos investigadores han llegado a la conclusión de que los esclavos, bajo el régimen patriarcal y paternal de antes, recibieron mejores cuidados de sus amos que los trabajadores libres — tanto blancos como negros — durante esos años de transición que, por crueles que fueran, contribuyeron a la formación de una personalidad más viril entre los grupos mejor dotados de trabajadores de color.

A lo largo de la historia del Brasil, la contribución de los negros, tanto libres como esclavos, a la formación de un espíritu nacional y de una cultura brasileña (en el sentido sociológico de la expresión) ha sido tan valiosa como su aporte al desarrollo económico del país. También, como lo ha señalado más de un observador del extranjero, esa contribución ha sido grande en el caso de los tipos más originales y típicamente brasileños de belleza o gracia femeninas. Las cuarteronas del Brasil, o las mulatas todavía más claras, con un octavo de sangre negra, tienen un encanto especial, que armoniza de una manera muy peculiar con las formas y colores del paisaje tropical y que rara vez alcanzan a tener las blancas puras o las blancas con alguna gota de sangre india. Y es cosa común ver actualmente en el Brasil que las chicas más blancas incurren en una especie de imitación sutil e indirecta de ese tipo de belleza o gracia femenina, el tipo ligeramente tocado por el soplo negro, el tipo que tiene un ritmo negro al andar, una gracia negra al bailar y al sonreír.

Se podría decir que, aun cuando no se dé la mezcla de razas, en el Brasil se ha hecho sentir la profunda influencia del negro. Todo brasileño, por rubio que sea, lleva en su alma algo de aquél. Su influencia se siente en cierto número de expresiones íntimas de la vida o la cultura en el Brasil: por ejemplo, en un catolicismo en el que se deleitan los sentidos del brasileño, y en los modos típicamente brasileños de caminar, de reír y de bailar.

La influencia negra es evidente en la música brasileña, particularmente en las canciones de cuna: y es notable en las historias de aparecidos, en las fábulas de animales, en los cuentos del campo.

Y la cocina brasileña sería hoy únicamente portuguesa, con uno o dos toques de la influencia del indio, si no fuera por muchas cosas africanas que se han incorporado a las recetas: verduras, picantes afrodisíacos que el Brasil ha asimilado y mezclado con cosas europeas, árabes y orientales.

La cultura africana en el Brasil está lejos de ser una curiosidad etnográfica o una cosa de museo. Es una realidad viva y creadora que no se detiene en el mero pintoresquismo.

Y lo que es más excepcional, un brasileño cespío y de piel negra no se considera negro o africano, sino brasileño. Esto explica que su situación, aunque no perfectamente ajustada a estilos y condiciones predominantemente europeas, como las que caracterizan la vida en el Brasil moderno, sea completamente diferente de la situación del negro en los Estados Unidos o en el sur de África. Esto explica también lo natural que fué para un famoso negro brasileño, con una educación literaria europea, decir una vez, al pronunciar un discurso: «Nosotros, miembros de la raza latina...» He ahí un síntoma elocuentísimo: en el Brasil un negro con educación literaria no tiene dificultad alguna en considerarse, no sólo brasileño — ciudadano cabal del Brasil — sino latino, «miembro de la raza latina».



# LAS RELACIONES RACIALES EN EL BRASIL (Sigue)

# SAO PAULO

por Roger Bastide

de la Escuela de Estudios Superiores (París)  
y la Universidad de São Paulo (Brasil)

Al abolirse la esclavitud en el Brasil, en 1888, São Paulo no era sino una ciudad colonial, una ciudad más rural que urbana, apegada a costumbres tradicionales. Hoy es la segunda ciudad del país, con más de un millón y medio de habitantes, y el mayor centro industrial de toda América Latina. Con sus rascacielos de cemento armado, su fiebre de construcciones (una casa nueva cada cuarto de hora) y su cintura de chimeneas humeantes, esta confluencia de razas y rasgos étnicos—italianos, portugueses, españoles, alemanes, eslavos y japoneses, confundidos con los viejos brasileños y con los negros, que afluyen del centro y del norte del Brasil para aumentar las filas de los trabajadores industriales—es, en realidad, según la expresión de Verhaeren, una ciudad tentacular.

La urbanización y la industrialización presentan oportunidades que el hombre de color ha sabido aprovechar con agudo sentido de la realidad. Cuenta en primer lugar con el anonimato de la gran ciudad, que le permite escapar al paternalismo de las viejas familias rurales y a la capitulación pasiva o la sumisión servil ante el blanco. Aunque viva en un cuchitril, no por ello siente menos el negro la gran dulzura de ser libre. Ahora tiene, además, facilidades para proporcionar a sus hijos la instrucción que les permita ascender en la escala social. Sobre todo, el negro encuentra en las fábricas—poderosas o modestas—puestos con salarios que le permiten mejorar su nivel de vida. Se ve surgir ya una clase media de color, propietaria de casas o terrenos, que se distingue de la clase proletaria por su puritanismo y su sentido de la dignidad humana.

La vieja sociedad brasileña favorecía la ascensión del mulato o del negro, pero al mismo tiempo la restringía, efectuando para ello una rigurosa selección. Las grandes familias tenían todas sus protegidos de color: hijos adoptivos, ahijados, a veces sus mismos hijos ilegítimos; todos aquellos que, en la masa oscura, se distinguían por su inteligencia y su devoción. Se les mandaba a la escuela, se les encontraba empleo, y de este modo toda una clientela negra se agrupaba alrededor de esas viejas familias. Pero no se trataba sino de una minoría, y la ascensión de unos pocos se hacía a expensas de la masa, que permanecía en la esclavitud. La urbanización e industrialización, conjuntamente con las leyes obreras, que se aplican a todos los trabajadores, sin distinción de color o de origen, tienden actualmente a sustituir ese ascenso de unos pocos individuos por el ascenso del grupo de color en su totalidad.

Pero es evidente que, por eso mismo, el blanco se va a sentir amenazado en las posiciones privilegiadas que ocupaba hasta ahora y va a tener que tratar de conservar su puesto de mando ante la invasión cada vez mayor de negros y mulatos. Puesto en tal encrucijada, intentará trazar barreras, si no para detener, por lo menos para retardar ese movimiento. Pero, ¿cómo va a poder hacerlo en un país democrático como el Brasil, donde el color es cosa tabú—nadie debe hacer alusión a él—y donde continúa teniendo la máxima vigencia esa vieja tradición de amistad que rige las relaciones entre blancos y negros? Desde luego, se verá obligado a hacerlo arteramente y con disimulo, empleando procedimientos desviados; por ejemplo, declarando al

negro que hubiese ganado un concurso para ocupar un puesto superior, inepto para el desempeño del mismo como consecuencia de un pretendido dictamen médico, o, si no, dándole la consabida excusa: «Lo sentimos mucho, pero no hay ningún puesto vacante. Si quiere Vd. dejarnos su dirección, en cuanto haya algo libre le avisaremos sin falta.» Existe así toda una política dirigida a encaminar a los negros únicamente por ciertas vías: la de la construcción de casas, por ejemplo, o la de los trabajos duros y desagradables que el blanco se resiste a hacer. Hemos conocido algunos bachilleres negros de los que llegan con su título, afanosamente conquistado, a solicitar un puesto de secretario, y que luego tienen que contentarse con lustrar pisos o aceptar un cargo de portero en el mismo establecimiento del que esperaban ser funcionarios.

La política de que hablamos se apoya en estereotipos e ideologías determinados, que varían según los sectores de la sociedad, y pretende justificarse por esos mismos estereotipos e ideologías. En el seno de las viejas familias tradicionales, acostumbradas a la sumisión y también al afecto del negro protegido, se trata de luchar contra la arrogancia y la agresividad del «nuevo negro», de conservar a toda costa la antigua hegemonía de la familia y obligar al negro a «mantenerse en su sitio». En el caso de los descendientes del inmigrante, se trata de la competencia vital entablada en la ciudad, de la lucha por ocupar los mejores puestos, de buscar colocación a los compatriotas recién llegados al país, insistiendo en la inferioridad técnica o en la presentación poco estética del negro. Sin contar con que, para ese hijo de extranjero, asimilarse equivale a adquirir los valores de la sociedad brasileña de otros tiempos, a ponerse, por lo que respecta a pensamientos y sentimientos, al mismo diapason de la antigua clase dominante, la de los tiempos de la esclavitud.

A pesar de todo, gracias al desarrollo de la instrucción, gracias a la guerra, que, al mismo tiempo, ha acelerado el movimiento de industrialización, y a la llegada de la mano de obra necesaria de Europa; gracias también a las luchas de los partidos políticos y la consiguiente puja electoral, el negro ha llegado a ocupar puestos a los que en otros tiempos no hubiera osado nunca aspirar. El blanco, en consecuencia, se ve obligado a revisar sus estereotipos, a reconocer el valor de sus nuevos compañeros de trabajo, a aceptar quizá que le dé órdenes algún negro que se haya mostrado más capaz que él.

Este fenómeno de enquistamiento—segregación voluntaria sólo a medias—no puede menos de llamar la atención del observador de la sociedad paulista, en oposición a lo que ocurre en otras zonas del Brasil. No hay que creerlo simple fenómeno de clase, por el cual el blanco—que ocupa un estrato superior de la sociedad, mientras el negro se halla en el más bajo—, piensa que un contacto que pudiera juzgarse envilecedor tendría por fuerza que rebajarlo. Al negro de la clase media le ocurre lo mismo: se le cierran las puertas y como no quiere que se le considere igual al negro de clase baja, y como por otra parte el blanco lo rechaza, se ve obligado a organizar sus propios centros recreativos, como, por ejemplo, el llamado de los «evolucionados». Una vez más la industrialización y la urbanización tienen en este

caso un doble efecto contradictorio: al poner en contacto a blancos y a negros en puestos relativamente importantes, destruyen determinados prejuicios sobre la incapacidad congénita del descendiente del africano. Al mismo tiempo, el prejuicio, roto por un lado, se hace más fuerte por el otro, cambiando o trasladando las barreras de la vida profesional a la vida social.

Pero no conviene, sin embargo, exagerar los alcances de este enquistamiento. Las fuerzas sexuales que, en tiempos del Imperio, impidieron, al mezclar los colores, la formación de castas separadas, siguen propiciando la mezcla de razas, sobre todo entre la clase baja y en uniones ilegítimas. Esa mezcla se produce también en los matrimonios entre gentes de color oscuro con personas de piel más clara, compensándose la diferencia de color con las ventajas económicas que pueda aportar el contrayente de piel más oscura. Un estudio del censo de población en São Paulo, sobre todo al compararse la natalidad y mortalidad del negro con la del mulato, demuestra que todos los años cierto número de gentes de color pasa definitivamente la línea divisoria y queda incorporado a la población blanca del país, no sólo estadística sino también moralmente. Quiero decir con ello que todas esas gentes serán tratadas como blancas gracias al anonimato de la gran ciudad, que no permite el control genealógico de las familias; pero también quiero decir que habrán adoptado, contra los que siguen siendo «de color», los mismos prejuicios y los mismos complejos de los blancos.

Los sociólogos norteamericanos llaman «sociedades de transición» a éstas cuya estructura social está a punto de trastornarse bajo la acción de nuevos factores económicos y que, sin embargo, conservan muchos de los valores que las caracterizaron en otros tiempos. La ciudad de São Paulo constituye un ejemplo de sociedad de transición. Paternalismo contra competencia económica; formación de clases sociales contra dominio de la vieja aristocracia rural. Ya no puede regir el prejuicio de color dirigido en otros tiempos contra el negro para justificar la esclavitud. Ese prejuicio se transforma, pues, en prejuicio de clase para justificar el mantenimiento por los blancos de puestos de mando o de control en la sociedad. Pero la legislación democrática del Brasil y la industrialización creciente, que aumenta la demanda de mano de obra, favorecen, a pesar de todo, el ascenso del negro como grupo social. Las relaciones de blancos y negros en el trabajo no entra ya dentro del clásico esquema de dominio y sumisión. De ahí las muchas vacilaciones del blanco, que tan pronto intenta poner al negro «en su lugar» como se aísla y aparta de él en la vida social.

El caos de ideologías denuncia en São Paulo el contraste que hay entre movimientos sociales contradictorios. Sin embargo, la esperanza de un mundo mejor ha hecho ya su aparición ante el hombre de color, aunque éste tenga que pasar por la «tragedia» de un período transitorio en que el viejo prejuicio agonizante trata de reconstituirse bajo nuevas formas, aparentemente más agudas que las antiguas. Por sobre todas las cosas ese prejuicio puede llegar a tocar más dolorosamente la conciencia de un hombre a quien la libertad ha dado el sentido de la dignidad humana.

Brasil es uno de los pocos países que han logrado armonía y democracia raciales; y aunque en él puedan encontrarse unas pocas notas discordantes, capaces de turbar las relaciones entre blancos y negros en ciertas grandes ciudades industrializadas, esas notas no hacen sino destacar la condición social alcanzada por el negro en el resto de la nación.

(Fotos Pierre Verger)



## LAS RELACIONES RACIALES EN EL BRASIL

(Sigue)

# RIO DE JANEIRO

por L. A. Costa Pinto

De la Universidad del Brasil, Río de Janeiro

El artículo que publicamos en esta página constituye un resumen de las conclusiones formuladas por el Profesor L.A. Costa Pinto en su estudio "El Negro en Río de Janeiro - Las relaciones raciales en una sociedad en evolución". Dicho estudio será publicado por la Unesco en 1953.

LA situación racial en Río de Janeiro presenta grandes analogías con la descrita a propósito de São Paulo. También en la capital del Brasil, la interacción armoniosa considerada como característica de las relaciones interracial en el país no corresponde a la realidad que se desprende de las investigaciones sociológicas realizadas.

Tantas veces —y desde hace tanto tiempo— se viene repitiendo que el prejuicio racial no existe en el Brasil, que esta afirmación, después de dar la vuelta al mundo, se ha convertido en motivo de orgullo nacional. Tras dicho dogma se disimulan no obstante ciertos sentimientos de rencor y un malestar evidente. Podemos pues —para servirnos de una expresión muy utilizada por el sociólogo Renzo Sereno a propósito de Puerto Rico— calificar ese fenómeno de *cripto-melanismo*. Consiste el mismo en el miedo a admitir, o en el deseo de esconder la importancia que en realidad se atribuye a la cuestión de raza y color. Tal negativa a enfrentar los hechos responde a diversas causas. La primera hemos de buscarla en las formas extremas que ha revestido el racismo en otros países, y que, por comparación, muestran la situación brasileña como un modelo de tolerancia y armonía social. Pero si se comparan los Estados Unidos y el Brasil, pronto se verá que se trata de diferencias de grado más que de género. Diferencias de grado fácilmente identificables aquí como allí, de acuerdo con las regiones que se examinen: No se trata de persecuciones o discriminaciones brutales, sino de una serie de pequeños hechos, más o menos importantes, más o menos generalizados, más o menos frecuentes, que, en suma, imbuyen en los miembros de un grupo racial el sentimiento de estar expuestos en cualquier momento a una injusticia o a una simple grosería por su tipo racial. Esta inseguridad produce en muchos negros un estado de verdadera angustia, de miedo e inestabilidad. Incluso si un individuo no ha padecido nunca una grosería o una repulsa a causa de su color, basta con que esté amenazado para que permanezca a la defensiva y se sienta víctima.

Lo que nos parece característico de la situación brasileña no es la ausencia de prejuicios, sino la falta de violencia en las formas de discriminación impuestas al negro.

En primer lugar, hemos de referirnos a un hecho importante: la manifestación de una nueva situación racial corresponde al aflujo hacia la capital de ciertos elementos rurales atraídos por las posibilidades que les presenta una industria en pleno desarrollo. Una elevada proporción de esos emigrantes procedentes del interior está representada por los individuos de color. De esta manera, el proletariado urbano está en gran parte constituido por representantes de la raza negra o mulatos. A ese respecto, las estadísticas son reveladoras: el número de negros que pertenecen a la categoría de patronos resulta insignificante en relación a la masa de empleados de color, negros o mulatos. Los puestos de mando en la industria, el comercio y la agricultura se encuentran entre las manos de los blancos, salvo raras excepciones.

Los hombres de color que han logrado salir

de la masa proletaria y situarse en un peldaño superior de la escala social representan « excepciones honrosas » que no pueden difrazarnos el estado verídico de la situación racial. Esos hombres que parecen haber conseguido superar los obstáculos suscitados por el color de su piel, estaban sometidos a un proceso de « blanqueamiento » y, de acuerdo con su ascenso social, eran tratados como si su pigmentación fuera blanca.

una experiencia cotidiana. Poco importa que esos conceptos sean un tanto ingenuos. Lo cierto es que existen y que corresponde al sociólogo comprobar su fuerza e investigar su origen.

Precisamos comprender como esa exaltación de la « negredad » y las contradicciones demasiado aparentes de esos sistemas ideológicos son, en realidad, una formulación en términos raciales de las aspiraciones y las desilusiones de un grupo de la clase media que trata de elevarse, no cual raza, sino cual clase social. Su fin supremo es obtener para ellos y sus congéneres la adopción del sistema de vida de las clases media y superior, esto es, de las clases tradicionalmente blancas de la sociedad brasileña. El ascenso de la minoría negra en la sociedad brasileña es bastante lento, pero se lleva a cabo en los marcos sociales existentes y de acuerdo con los valores y las actitudes propias de los mismos.

En cuanto a los negros que pertenecen al proletariado, su evolución no se producirá sino en el marco de la clase social en la que se encuentran situados. Como miembro de esa masa, el negro no padece del sentimiento de opresión y de asfixia de que se quejan los « evolucionados ». No se sienten « dos » como esos últimos. Es « uno », vale decir, negro y proletario. Cuando se siente afectado por el prejuicio racial, reacciona directa y simplemente como una persona ofendida y no busca causas trascendentes para explicarse el insulto padecido. Puesto que el prejuicio racial no se le presenta como un sistema coherente, sino como una serie de incidentes, lo combate no tanto como miembro de una raza sino de una clase social, y no considera su progreso personal como el de un elemento racial, sino como el de una masa a la que pertenecen hombres de otro color.

Foto Pierre Verger.



Junto a esas antiguas minorías, aceptadas por las clases elevadas de la sociedad y que desempeñan para ellas el papel de un símbolo de su liberalismo, se levanta una nueva minoría negra que desea ascender socialmente sin renunciar por ello a su « negrura ». En este proceso choca con algunos prejuicios que se expresan mediante estereotipos raciales. Ante semejante barrera reacciona adquiriendo una conciencia racial del problema que se le presenta.

La ideología que los intelectuales negros han levantado en torno a la noción de « negrez » constituye la forma adoptada por esa conciencia de raza que se ha impuesto a la minoría de color. Si ha podido medrar es porque los blancos mismos han aventado la semilla de dicha noción en los más profundos surcos de la intelectualidad negra; ya que, como puede decirse que el problema de los negros es ante todo el del blanco que posee una falsa idea del negro y actúa en virtud de ella, igual puede afirmarse que la idea de « negrez » no es negra, sino el reflejo en el negro de las ideas que el blanco abriga a su respecto, y el resultado de la adquisición de una conciencia racial en reacción a los obstáculos que se levantan en su camino. En ello hemos de ver la causa directa de la ideología racial que forma del concepto de raza una entidad mística; es decir, que representa una trasposición sobre el plano imaginario de

ninguna filosofía racista que sirva de sustento y de sanción moral a la discriminación de razas. Sólo el *cripto-melanismo*, a que antes nos refiriéramos, ha desempeñado esa función. Sin embargo, tampoco existen valores inmutables y absolutos que puedan evitar el desarrollo de las tensiones raciales, o impedir que éstas conduzcan a hechos catastróficos. Nuestro tiempo está compuesto por fermentos, aspiraciones y movimientos que no pueden dejar de afectar al problema racial brasileño.

El problema racial en el Brasil no es un problema independiente de los demás que se plantean en ese país. No ha sido resuelto como por milagro y no es inmutable como determinadas personas lo consideran. No diríamos que existe un problema racial en el Brasil si por ello entenderíamos las formas particulares adquiridas por el mismo en otras estructuras sociales diferentes de la nuestra. Tampoco diríamos que no existe por los datos obtenidos durante nuestra investigación. Simplemente, diremos que existe un problema racial en vías de modificación, que posee sus caracteres propios dentro de una estructura social dada. No puede ser disociado de otras tensiones que se manifiestan en el seno de la misma sociedad.

Esta interdependencia puede llevar a una crisis o a una solución. Ello sucederá según la naturaleza de la futura evolución social que se produzca en el Brasil.

# MATICES DE COLOR Y DE SENTIDO

por Harry W. HUTCHINSON



EN los Estados Unidos, la línea de demarcación entre los blancos y los negros está perfectamente delimitada: cualquiera que no sea blanco es considerado como negro, por débil que sea el porcentaje de sangre negra que corra por sus venas. En Vila Reconcavo (ciudad a la que se designa con ese nombre en la encuesta realizada por la Unesco, pero que geográficamente tiene otra denominación, esta línea de demarcación es un hecho más que una línea de separación entre negros y blancos; está siempre presente en los espíritus cuando se trata de clasificar a un individuo: cada uno sabe quién es de «pura» raza blanca y quién no lo es. Esta clasificación por la raza es uno de los aspectos más importantes de la cultura local, y uno de los más difíciles de captar para el extranjero. Los bahianos del Reconcavo estiman que se puede percibir instantáneamente la diferencia entre un blanco «puro» y un mestizo procedente de un cruce entre blanco e indio, blanco y negro, o negro e indio. Pero esta diferenciación somera no les basta. A cada persona se la clasifica o se la describe minuciosamente; fundando su clasificación en el color de la piel, en la textura del pelo y en los rasgos de la fisonomía. Constantemente se hace alusión a los tipos raciales en la conversación. Del mismo modo que se diría en los Estados Unidos que alguien es pequeño o grueso, los habitantes de Vila Reconcavo hablan del color y de los cabellos de una persona.

En el Reconcavo se reconocen tres grados étnicos: los Blancos, los Negros y los Indios. Los blancos se llaman *brancos*. El término *negro* se aplica rara vez a las personas de ascendencia africana, que se designarán más bien con la expresión de *homen de cor* (hombre de color). Esta palabra *negro* es un término genérico para la raza negra, pero casi nunca designa a un individuo. *Nego* (variante atenuada de la palabra *negro*) es un término afectuoso bastante empleado, incluso entre blancos, y sirve a veces de apodo. Cuando el bahiano del Reconcavo dice *indio*, suele pensar en el indio del interior de Mato Grosso o de la cuenca del Amazonas. Cuando quiere designar a los habitantes del Reconcavo que presentan el carácter físico del indio americano, emplea generalmente la voz *caboclo*.

Los mismos blancos están subdivididos en dos categorías, los *louros* (rubios) y los *morenos*. Todavía existe un tercer término que emplean solo los que se consideran como blancos «puros» para designar las personas que tienen ciertos caracteres físicos de la raza blanca: es «*branco da terra*». Un *branco da terra* es un hombre que es blanco desde el punto de vista fenotípico, es decir que presenta el aspecto físico característico de la raza blanca (piel clara, rasgos finos y cabellos «hermosos», que son los lisos), pero que tiene negros entre sus ascendientes. Generalmente es *moreno* y con frecuencia tiene un tinte ligeramente amarillento. El *branco da terra* presenta a veces algunos rasgos característicos del *caboclo*, a parte de los que debe a su ascendencia negra o blanca. En Vila Reconcavo, el blanco «puro» los designa en ocasiones *branco da terra*, pero, en general, suele llamarle *branco*. La mayor parte de la población llama *brancos* a los *brancos da terra* y nadie trataría jamás personalmente a uno de ellos llamándole *branco da terra* en su presencia. Blancos y no blancos tratan a los *brancos da terra* como blancos y así nadie tiene por qué sentirse molesto.

El color de la piel desempeña un gran papel en esta clasificación, pero la calidad del pelo tiene también su importancia. En caso de duda, es el cabello el que constituye la piedra de toque. Después de la piel y del cabello se tienen en cuenta los rasgos fisiognómicos (prognatismo, forma de la nariz y espesor de los labios). Los numerosos términos que se emplean en Vila Reconcavo para designar a las personas de ascendencia negroide a mezclada pueden clasificarse, según esos diversos criterios, del siguiente modo:

1. El *preto* o *preto retinto* (negro), con piel negra y reluciente, el pelo crespo, los labios espesos y la nariz achatada. Los *pretos* establecen entre ellos distinciones y se clasifican según diferencias ínfimas de «calidad» en el color de la piel, la forma de la nariz, etc. El *preto* que tiene más «calidad» es aquel que se aleja más del tipo negro habitual, y que es, sin embargo, un negro. Un negro «más bonito» que los otros.

2. El *cabro* y la *cabrocha* tienen en general la piel ligeramente más clara que el *preto*, los cabellos un poco más largos, pero todavía crespos y rebeldes, la facies un poco menos negroide, aunque con frecuencia los labios



sean aún bastante espesos y la nariz chata. El *cabro* y la *cabrocha* no suelen tener la piel reluciente ni la limpieza de rasgos del *preto*.

3. El *Cabo verde* tiene la piel ligeramente más clara que el *preto*, pero es todavía muy oscura. Tiene, sin embargo, los cabellos largos y lisos y sus rasgos son frecuentemente finos, sus labios delgados y su nariz estrecha y rectilínea. Es casi un blanco de piel negra.

4. El *escuro*, u *ombre obscuro*, tiene el tinte más oscuro que el término medio de los *mestizos*. Este vocablo se aplica generalmente a una persona que no puede clasificarse en ninguna de las tres categorías mencionadas anteriormente. El *escuro* es casi un negro, pero tiene los rasgos característicos de la raza blanca. Por regla general, tiene «calidad». El término *escuro* es muy útil al extranjero en el Reconcavo.

5. Los *mulatos* constituyen una categoría en el seno de la cual se distinguen siempre dos tipos: el *mulato escuro* y el *mulato claro*. El *mulato* tiene una cabellera que le cae casi hasta el hombro, pero que es bastante encrepada y rizada. A pesar de todo, esa cabellera se deja alisar. La facies del *mulato* es muy variable: labios espesos y nariz fina o viceversa. En general los rasgos del *mulato* son más toscos que los del *branco* y más finos que los del *preto*. El *mulato* se distingue habitualmente por el tinte amarillento de la piel, que es más acentuado en él que en el *branco da terra*. Su pigmentación varía desde el muy claro hasta el muy oscuro. Un *mulato claro*, con el pelo alisado, los labios delgados y una nariz «regular» se parece hasta producir confusión con el *branco da terra*.

6. *Pardo* es un término poco usado en la conversación. Designa una de las categorías oficialmente empleadas por los censos y para el establecimiento de documentos de identidad. Sin embargo, a veces se aplica ese término a un individuo para indicar que se acerca más al *branco* que al *mulato claro*. Sucede a veces que a niños *mestiços* se les llama *pardos* antes de que sus rasgos lleguen a estar suficientemente acusados como para que se les pueda alinear en alguno de los otros grupos. Así, una madre llama *parda* a su hijita de tres años. Esta vive con su padrino que es un *branco da terra*. El considera a la niña como blanca, porque tiene la piel muy clara y su pelo se alarga y se ondula ligeramente. Pero la madre sigue llamándola *parda* porque ella sabe que sus cabellos pueden rizarse un día u otro y entonces será *mulata clara*.

7. El *sarará* no es difícil de distinguir. Tiene la piel muy clara y el pelo rojo o rubio, pero

crespo o ensortijado. Sus cabellos se califican de *duros*. Su facies es muy variable, más todavía que la del *mulato*. Hay *sararás* que pasarían por blancos en los Estados Unidos, pero, con frecuencia, el aspecto del *sarará* resulta curioso: piel ni clara ni oscura, a veces sembrada de manchas rojizas, reflejo azul-verdoso en los ojos y cabellos que se decoloran fácilmente al sol. En Vila Reconcavo, el *sarará* se encuentra generalmente entre los pescadores y los habitantes de las islas. Es raro ver a una persona de ese tipo físico cuya piel no esté fuertemente bronceada y el cabello descolorido.

8. El *moreno* tiene la piel muy hermosa, fina y lisa, de color claro pero no blanca. Sus cabellos negros son largos y ondulados o rizados. Son fáciles de peinar y no es necesario alisarlos. Sus rasgos se parecen mucho más a los de los blancos que a los de los negros. Aquí también hay que distinguir entre los *morenos claros* y los *morenos oscuros*, entre el *moreno mulato* y el *moreno blanco*, que es el *moreno* de las familias blancas. El término *moreno* empleado para los blancos viene a distinguir el *moreno* del rubio en el seno de un mismo grupo.

Son raros los que pueden ser situados sin vacilación alguna en uno de esos grupos «raciales». Aquel que se aproxima mucho al tipo perfecto del *preto* —es decir, que presenta todos los caracteres del *preto*— es designado como *bem preto* o *bem pretinho* (verdaderamente negro). Lo mismo sucede con el *sarará* —*bem sarará*— o con el *moreno*, al que se llamará *bem moreninho* o *moreno fino*. También es difícil de encontrar el tipo perfecto de las otras categorías por lo numerosas que son las variantes. Ocurre con frecuencia que un individuo se acerca a un tipo físico, presentando, sin embargo, uno o varios rasgos característicos de otro tipo. Así, por ejemplo, un muchacho de Vila Reconcavo presenta los caracteres del *escuro*, pero, como es muy simpático, se prefiere considerarlo *moreno*.



Tiene la piel y los rasgos finos pero el pelo *duro* y crespo. Se le atribuye generalmente el término *moreno*, pero agregando: «mas ele tem cabelo ruim». Con frecuencia se oye decir, «es *mulato*, pero muy claro». Estas descripciones evocan una imagen muy neta de la persona de que se trata. En Vila Reconcavo, no se trata sólo de distinguir los negros de los blancos; es preciso, asimismo, diferenciar todos los matices intermedios.

A las categorías enumeradas hasta ahora hay que agregar la de los *caboclos*, cuyo caso es un tanto especial. Como ya hemos indicado, los tipos amerindios que se encuentran en el Reconcavo son, en su mayor parte, procedentes del sertão, en el norte, que emigran en períodos de sequía. Esas inmigraciones periódicas han dejado relativamente pocas huellas, si se piensa en su antigüedad. No obstante, la población de Vila Reconcavo comprende un elemento *caboclo* importante, el de los hombres de piel rojiza o bronceada, de pómulos más salientes que los de los elementos negros o blancos, y con los ojos ligeramente rasgados en forma de almendra. Sin embargo, son raros los habitantes del Reconcavo a los que se designa con el nombre de *caboclos*. Más bien se les suele englobar en las categorías locales que hemos enumerado

antes, sin tener para nada en cuenta su carácter indio. En Vila Reconcavo, el *caboclo* no está muy bien visto. Se le considera como menos civilizado que las gentes del país, aunque se sepa que suele ser más trabajador, más ambicioso, más seguro y más frugal, si bien menos alegre que las despreocupadas gentes del Reconcavo. En la región rural de Vila Reconcavo hay muchos *caboclos* — hombres — que van todos los años a trabajar en las plantaciones durante la época de la cosecha. Para alojarles se construyen una especie de barracas en la que ellos mismos cocinan, lavan y planchan sus vestidos y se reúnen por las noches alrededor del fuego cantando las canciones del *sertão*, al margen siempre de los obreros permanentes.

Ambos grupos se mantienen a distancia uno del otro, porque si el *morador* tiene poca estima por el *caboclo*, este último la paga en igual moneda. Juzga perezosas a las gentes del país, a las que tacha de ignorantes y de supersticiosas. El *caboclo vaqueiro* (vaquero del nordeste) de determinada plantación cuenta que los obreros de la misma no le hablan más que de magia negra, que son perezosos y gastadores y que se burlan de su frugalidad. No teme su magia negra, porque sabe que no se funda en nada, pero desconfía de los que hablan de ella. Los habitantes de Vila Reconcavo no quieren admitir que tengan antepasados *caboclos* o indios. Una muchacha de tipo indio casi perfecto se considera *mulatinha*, y protestó con vehemencia cuando se le preguntó si había sangre india en su familia, aunque acabó por reconocer a regañadientes que uno de sus tatarabuuelos era mestizo indio. La sobrina de esta muchacha, si se la vistiese con un *sarong* y se le pusiera una pluma en el cabello, respondería perfectamente a la idea que es tiene del tipo Pocahontas; pero se la considera como *mulata* casi *morena*.

Los blancos «puros» adoptan una actitud muy diversa respecto al *caboclo*. Algunas familias blancas proclaman que estarían muy satisfechas de poder precisar que tienen sangre india, porque eso significaría que están establecidas en el Brasil desde hace mucho tiempo. A veces, sucede que un niño blanco tiene el «aire muy indio», es decir que es *moreno*, con cabello liso de un negro de jade. Los representantes de ese tipo llevan el sobrenombre de *tapuya*, y, generalmente, son admirados por los blancos. Todos los obreros de las plantaciones están de acuerdo en que nadie sobrepasa al *caboclo* para el trabajo. El obrero de tipo indio, procedente del nordeste, irá al campo a las seis de la mañana y no volverá hasta las seis de la tarde. Lleva consigo la comida y la come sobre el tajo. El *morador*, por el contrario, irá al campo a las seis y regresará a mediodía. Pero como obreros permanentes, los propietarios de las plantaciones prefieren a los negros del Reconcavo, y, en consecuencia, no se esfuerzan mucho por «fijar» a los *caboclos* en la plantación. En cuanto la cosecha está terminada, el *caboclo* toma su hatillo y se va.

Nadie sabe si volverá al año siguiente y nadie se preocupa por ello.

Hasta ahora no hay una tensión grave entre los dos grupos. Trabajan juntos durante una parte del año, pero pasan sus vacaciones separados.



# EL NORDESTE Y EL AMAZONAS



**E**L Brasil demuestra, como ejemplo vivo, que una nación compuesta de gentes de diversas extracciones raciales no tiene por qué verse dividida por tensiones diversas o por la segregación o discriminación entre determinados grupos. Todo el mundo sabe que por regla general las relaciones entre brasileños de origen europeo, negroide e indio (de la América del Sur) son pacíficas.

Pero en un país tan vasto como el Brasil hay contrastes sorprendentes de región a región, y entre las ciudades cosmopolitas y las pequeñas poblaciones y casas solariegas del interior del país. Como tantos otros aspectos de la vida social brasileña, cabe suponer que las características de las relaciones raciales sufren variaciones diversas dentro del marco nacional común en que se desarrollan. Las diferencias de composición étnica, subsistencia básica, alcance de la industrialización y vulnerabilidad a las ideas extranjeras complican más toda-

vía el problema de la generalización en gran escala. No es de sorprender, por tanto, que haya grandes vacíos en nuestra información al respecto. Hasta hace poco tiempo, esto resultaba particularmente cierto sobre nuestro conocimiento de las relaciones raciales en el interior del país. Teniendo en cuenta que más del 70% de la población de éste, aproximadamente cincuenta millones de almas, vive en poblaciones que tienen menos de cinco mil habitantes o en granjas o plantaciones aisladas, era sumamente urgente proceder a algunos estudios sobre la población rural.

En 1950 y 1951 la *Fundação para o Desenvolvimento da Ciência na Bahia* y el Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia realizaron, en colaboración con la Unesco, estudios de esa índole. Se eligieron tres pequeñas comunidades en diferentes regiones del norte del Brasil, realizándose bajo el patrocinio de la Unesco un cuarto estudio antropológico en

1948 para el *International Hylean Amazon Institute*.

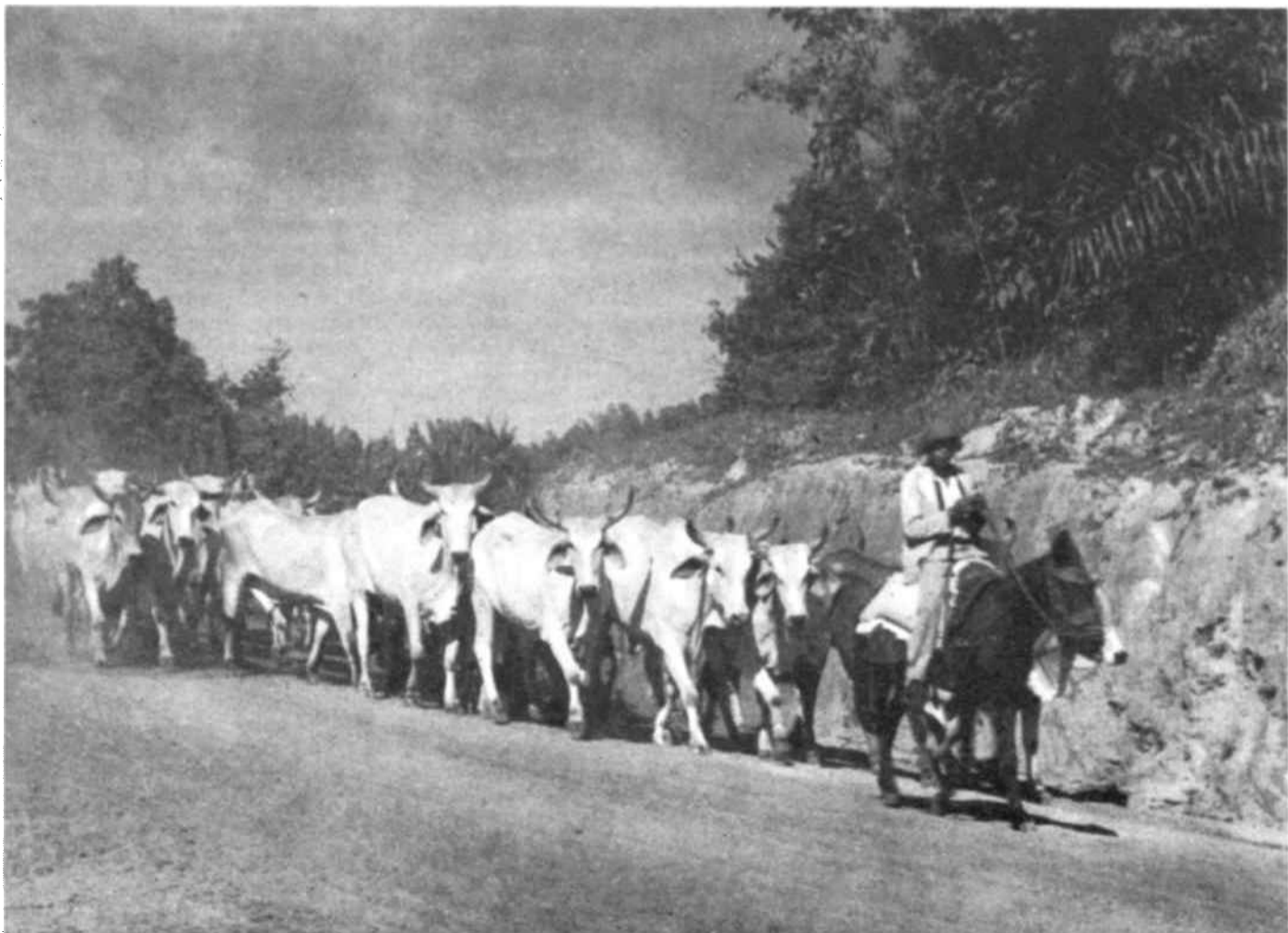
Basado en los cuatro estudios citados, la Unesco ha recibido ya un informe. Bajo el título de «Las razas y las clases en el interior del Brasil» este informe consta de cuatro artículos, referentes a una comunidad tradicional en el seno de las plantaciones de Bahía («Vila Reconcavo»); una antigua población minera de la meseta brasileña («Minas Velhas»); una comunidad característica del árido «sertão» al nordeste del país («Monte Serrat») y otra situada a orillas del Amazonas («Itá»), preparados, respectivamente, por Harry W. Hutchinson, Marvin Harris, Ben Zimmerman y Charles Wagley. Cada artículo es un estudio personal y directo de las relaciones raciales en una población representativa de una región importante del norte del Brasil. Hay diferencias entre una y otra comunidad, entre una y otra región; pero al compararlas, las líneas



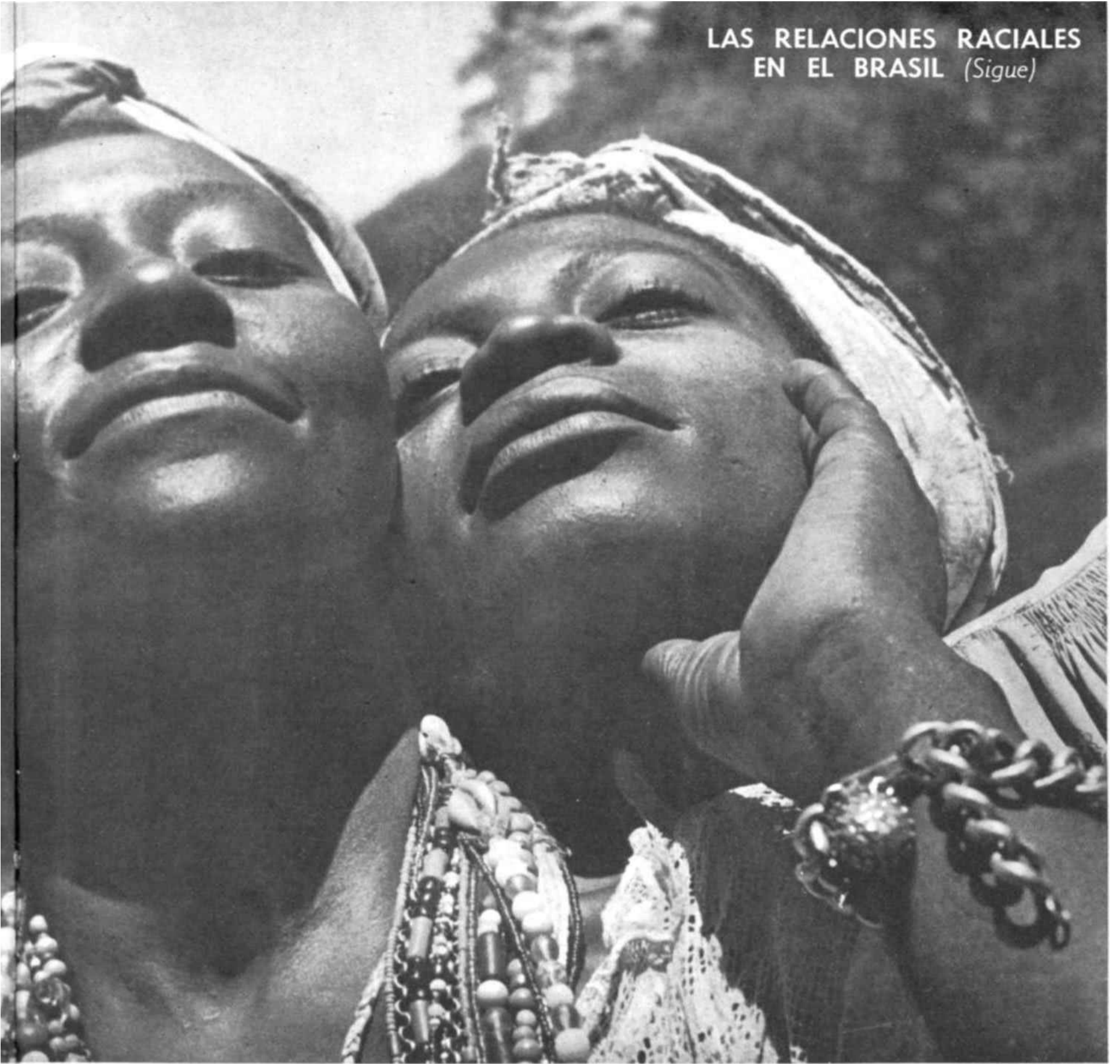
generales apuntan a las tradiciones básicas del país, tradiciones que comparte un núcleo representativo de la población brasileña. En el resto de esta nota trataré de resumir algunos de los rasgos comunes a las cuatro poblaciones.

En todas y cada una de ellas advertimos que el principio más importante que rige las relaciones entre las gentes es el de clase, el de pertenecer a determinada clase social, más que a determinada raza. En la jerarquía social se asigna un lugar a las gentes de acuerdo con el dinero que ganan, la ocupación a que se dedican, el nivel de educación que han alcanzado, sus vinculaciones familiares y, por último, su raza, que podrá ser tan importante como las otras calificaciones, pero nunca superior a ellas.

Aparte de esos criterios, las cualidades que el pueblo adjudica a los diversos tipos raciales, o que asocia a éstos demuestran la existencia de una forma tibia de prejuicio racial. Las características físicas de un individuo se consideran tanto mejores cuanto más se acerca éste al modelo blanco, y tanto más inferiores cuanto más se aproxima al negro o al indio (ésto en el Amazonas). Las gentes habían de «cabello malo» para referirse a los rizos del negro; y en todas partes la piel muy oscura es considerada menos deseable que la clara. Regularmente se atribuyen características psicológicas más o menos denigrantes a ciertas razas; según esa actitud, el negro es innatamente menos inteligente que el blanco. En puridad, éstos son prejuicios de orden racial; pero pesando



## LAS RELACIONES RACIALES EN EL BRASIL (Sigue)



Fotos Pierre Yerger.

como pesan contra ellos todas las otras consideraciones que cuentan en el plano social, el efecto que puedan tener sobre las reacciones de las gentes pierde importancia. En la vieja población minera, por ejemplo, un hombre nos dijo que por nada del mundo recibiría a un negro en su casa; pero poco después brindaba, con el mayor respeto y cordialidad del mundo, hospitalidad a un ingeniero de color.

En situaciones sociales concretas, lo que determina, más que la raza, la forma en que las gentes deben tratarse son otras características: la riqueza, la educación, la familia, las vinculaciones y la política.

Pero no deja por ello de haber casos en que el prejuicio de raza determina la actitud o el comportamiento de los brasileños. Ocasionalmente se producen tensiones en el plano de la clase alta, donde siempre que no se pongan en juego otros criterios, el racial puede llegar a asumir proporciones críticas. Los que pertenecen a la clase baja no tratan de competir con los que se hallan en posición superior a la suya, pero sí lo hacen entre ellos —como en todas partes— los que luchan por ingresar a la clase alta o tratan de distinguirse socialmente en la comunidad a la que pertenecen.

A esta altura de la jerarquía social ha resultado a menudo que la «raza» constituye un elemento verdaderamente crucial en el camino del éxito mundano, debiéndose jugar un albur —y perderlo— el hombre de color que aspira a la participación en un puesto de carácter político o la boda

con alguien cuya posición económica corresponda exactamente a la suya. Pero por otra parte, si se satisfacen claramente las exigencias del medio en cuanto a educación y posición económica, los individuos de piel oscura cruzan fácilmente los umbrales de la clase superior y son plenamente aceptados en ella. Así, en todas las comunidades del Brasil hay «gente de color» en los grupos más elevados de la sociedad; individuos que gozan de una renta relativamente alta, que desempeñan un puesto burocrático, que poseen cierta cultura, que están

por **Charles WAGLEY**

de la Universidad de Columbia

relacionados, de una u otra manera, con alguna importante familia de la localidad y que de aspecto son negros o mulatos o caboclos (amerindios). Y aunque el llegar a una posición realmente destacada llegue a ser más difícil para la «gente de color», nunca llega a resultar imposible.

A pesar de la escasa importancia que el sentido racial tiene. Toda proporción guardada, en la posición que el individuo ocupa en la sociedad, la mayor parte de las gentes que integran los grupos más selectos son europeas de aspecto. Lo cual equivale a decir que a la «gente de color» le están reservadas posiciones inferiores desde el punto de vista social, económico y cultural.

Sin embargo, sería un error considerar dicha correlación de raza y clase

como un efecto del tibio prejuicio racial que señalamos más arriba. Hay que buscar las causas de esta situación más bien en la lentitud con que se han otorgado hasta la fecha ventajas de orden económico y educativo a los grupos históricamente poco privilegiados formados por los descendientes de esclavos e indios primitivos en la tercera o cuarta generación. El principal obstáculo que se opone al ascenso social del negro no estriba en el prejuicio de raza, sino en la desventaja de educación y medios de fortuna heredada por quien no desciende de europeos.

En este sentido, resulta de fundamental importancia el que no haya una segregación concreta en instituciones, ni una discriminación en cuanto se refiere a educación y ocupaciones basada solamente en la «raza» de un individuo. Ocurren ejemplos aparentes de segregación cuando los pobres que son al mismo tiempo «gentes de color» se ven confinados a ciertos barrios de una ciudad o una población cualquiera. Pero en estas comunidades la segregación en gran escala resultaría imposible de llevar a la práctica. No hay ninguna clasificación simple en dos o tres tipos raciales que permita distribuir a las gentes en distritos residenciales, escuelas diferentes, iglesias, etc.; en cambio existen muchos tipos físicos diferentes, como el «branco» (europeo), el «mulato», el «moreno oscuro», el «moreno claro», el «cabo verde» (de piel oscura y rasgos europeos), el «sarará» (de piel clara y rasgos negroides), el «caboclo» que tiene facciones de indio americano, y el

«pardo» para no mencionar sino unos pocos. En esas circunstancias es difícil imaginar un sistema de segregación que pueda funcionar en alguna forma.

El reconocimiento de tantos tipos intermedios demuestra, en cierto modo, un sentido agudo de las diferencias raciales. Las gentes llegan, en su conversación, a identificar a las demás refiriéndose a su tipo físico. En la misma forma que otros pueblos hablan de ese «tipo alto y delgado» o «del pequeño que está allí», los brasileños dicen «aquele mulato» o «aquele caboclo». Pero una de las lecciones importantes que puede enseñarnos un estudio del Brasil es que la conciencia de las diferencias raciales no tiene por qué ir acompañada del prejuicio, la discriminación o la segregación que se advierten en otras partes.

En el interior del Brasil «las gentes de color» pueden mejorar su condición social mejorando sencillamente su posición económica y cultural o ascendiendo en categoría de ocupación. Al continuar expandiéndose la economía del Brasil y distribuirse entre un círculo más vasto de gentes las oportunidades para educarse y ganar más dinero, los habitantes del país que ahora forman las capas más bajas de la sociedad tenderán, como es lógico, a incorporarse a los grupos mejor situados en ella. El interior del Brasil no está totalmente libre de prejuicios o discriminación raciales, pero, en conjunto, el cuadro tradicional de las relaciones de raza en esas comunidades rurales constituye una rica herencia social, de la que el mundo tiene mucho que aprender.

**LAS RELACIONES  
RACIALES  
EN EL BRASIL**  
(Sigue)

# BAHIA LA METROPOLIS NEGRA...

por **Thales de Azevedo**  
de la Universidad de Bahía

**L**as mejores relaciones sociales entre blancos y personas de color son probablemente las que se registran en las regiones colonizadas por los portugueses en los cuatro últimos siglos. Tal ha sido, por ejemplo, la impresión traída a Europa por André Siegfried después de sus viajes por todo el mundo. No escapa a esa regla el Brasil, la mayor nación fundada por colonos portugueses, que después de descubrirlo, lo po-

blaron. En realidad, una de las características de la civilización brasileña es la convivencia armónica de diversos grupos étnicos, oriundos del propio país, de Europa, de Africa y, más recientemente, de Asia; grupos que constituyen actualmente la población de aquella tierra. En varios otros países, la convivencia entre blancos de diversas procedencias o diversos grupos de color es igualmente pacífica y exenta de tensiones; pero

en pocas partes del mundo moderno serán más satisfactorias que en el Brasil las relaciones entre blancos y hombres de color, especialmente por lo que se refiere a los descendientes de los viejos esclavos africanos.

No existen en el Brasil prejuicios activos de raza, y mucho menos lucha organizada e institucionalizada entre blancos y negros, aun en aquellas partes de su territorio en que esos últimos son más

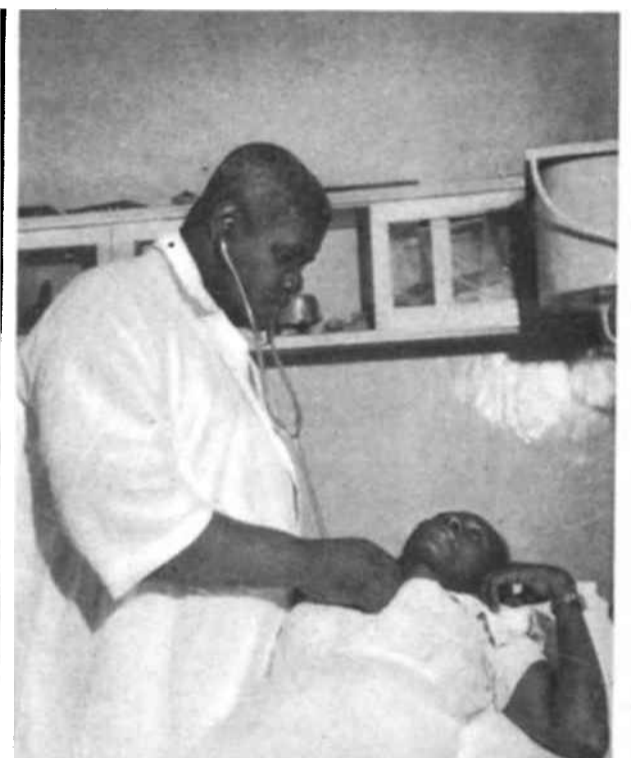
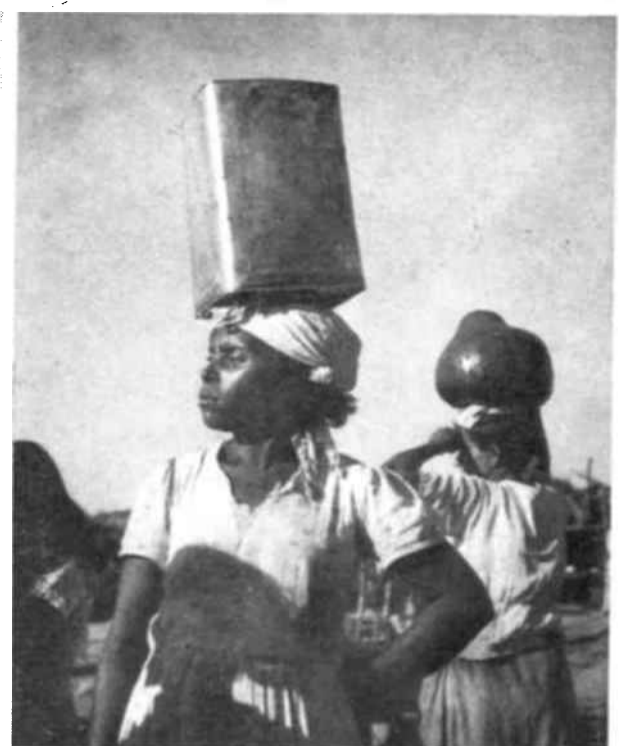
numerosos, como los Estados del Centro-Sur y del Este. Entre esos últimos, Bahía constituye un ejemplo típico. La población bahiana está constituida, en términos generales, por blancos descendientes de portugueses, negros descendientes de los esclavos traídos de la Guinea y de Angola y los mulatos resultantes del intenso mestizaje que desde mediados del siglo XVI viene llevándose a cabo entre los dos primeros grupos, y contra el cual resultó impotente la legislación colonial que prohibía el casamiento de personas libres con esclavos. Incluso antes de ser suprimidas, esas leyes eran ya «letra muerta». Si algo actúa hoy en el sentido de moderar el mestizaje, ese algo es, no tanto el prejuicio del color, como las distancias sociales alimentadas por los sentimientos de clase, que, a pesar de no ser muy fuertes, superan indiscutiblemente aquel prejuicio.

En la capital del Estado, poco más de un tercio de los habitantes son blancos; los negros llegan a constituir un 20 por ciento de la misma, y el número de mestizos asciende a cerca de un 47 por ciento. En esa ciudad de 400.000 habitantes, una de las más importantes del Brasil, el número de blancos crece con la misma lentitud con que va disminuyendo el de negros, mientras el de mulatos de todos los tonos continúa aumentando a ritmo cada vez más acelerado y alcanzando las cifras más altas de todo el Brasil, incluso en comparación a las registradas en aquellas regiones en que los negros son proporcionalmente más abundantes, como los Estados de Maranhão y Piauí.

Más características todavía que el mestizaje —practicado intensamente en los estratos inferiores de la población y extendido, aunque decreciendo en intensidad, a las capas más altas de ésta—son las posibilidades de ascenso que las personas de color poseen dentro de la sociedad local. Por ser ésta una sociedad de clases multirraciales, en que de hecho no existen castas —como ha demostrado el sociólogo Donald Pierson—los morenos y los mestizos pueden, «a raíz de su mérito individual o de ciertas circunstancias favorables, mejorar su condición social y hasta llegar a obtener una posición dentro de las capas «superiores» de la sociedad, posición que estará en relación, no solamente con su grupo de color, sino con la comunidad entera». Considerado como un «simple accidente» de naturaleza física —accidente que no tiene nada que ver con las cualidades morales y la capacidad intelectual del individuo— el color, más o menos oscuro, no determina de antemano la posición social de los individuos, sino que apenas la condiciona como símbolo del bajo «status» que históricamente corresponde a la mayor parte de negros y mestizos, mientras los blancos, por el mismo juego de factores políticos y económicos, constituirán siempre la clase dominante. Por eso mismo, los mestizos más claros y «blancoides» son los que encuentran mayores facilidades para ascender en la escala social y, cuando por su fortuna, su talento, su influencia política o sus títulos universitarios alcanzan una situación elevada, ya no se les considera «mulatos» o «mestizos», sino «blancos».

Sería tan impertinente como poco elegante recordar a una de estas personas su procedencia étnica. Como en cualquier otra parte del





Brasil, en Bahía se mezclan desprecupadamente todos los grupos raciales en los vehiculos públicos, teatros y cines, cafés y restaurantes, iglesias, escuelas, y hasta en las filas militares, en la medida en que cada clase social está representada en esos agrupamientos y organizaciones. Todo esto se observa acentuadamente en Bahía, donde causa también menos extrañeza que en otras partes. En Bahía, el ascenso social de los «oscuros», ascenso en que la educación desempeña un papel preponderante, está considerado la cosa más natural del mundo.

Los bahianos acostumbran a decir que la diferencia de posición social en su medio está marcada por la educación del individuo: puede subir todo aquél que alcance cierto nivel de instrucción y de preparación profesional, y que una a ello maneras corteses y una conducta moral compatible con los cánones locales. Aunque los morenos y los mulatos menos pigmentados se hallen concentrados en su gran mayoría en los estratos inferiores de la sociedad, y desempeñen ocupaciones no sólo modestas sino también algo humillantes, hay muchos de ellos en las filas de todas las profesiones de prestigio. Así, los ciudadanos de color ejercen sus actividades no sólo entre los suyos, sino también entre los blancos, y podemos encontrarlos de médicos, jueces, abogados, ingenieros, profesores universitarios, sacerdotes, políticos, jefes de servicios burocráticos y — ésto con menos frecuencia — de comerciantes, industriales, banqueros y militares.

Una vez clasificados en estas profesiones, tienen abierto el acceso a las sociedades científicas y las academias literarias, a las her-

mandades religiosas y los «clubs» sociales y recreativos de gran categoría. Particularmente, por medio de las profesiones liberales, alcanzan categoría social los individuos pobres y de color. Entre los poetas, escritores, científicos y estadistas cuya actuación enorgullece a los bahianos y a muchos otros brasileños, hay muchos hombres de color, a veces de color acentuado y de trazos inconfundiblemente negroides.

Y el que pintamos no es un cuadro romántico, trazado por observadores incondicionales del modo de vida bahiano, sino el resultado de encuestas de carácter sociológico con verificación directa de la composición étnica de varios grupos de prestigio, así como de diversas organizaciones escolares, recreativas, religiosas, políticas, administrativas y económicas.

En 1951, el autor de este artículo emprendió una de esas encuestas bajo el patrocinio de la Unesco, dentro del programa de Encuestas Sociales en el Estado de Bahía formulado por la Columbia University y llevado a cabo por la Fundación para el Desarrollo de la Ciencia en Bahía.

Conviene advertir, sin embargo, que las relaciones interracialistas en la ciudad no están totalmente exentas de fricciones y discriminaciones que frecuentemente se confunden con antagonismos de clases. Un análisis de las costumbres y de la estructura social de Bahía demuestra que hay ciertos puntos de resistencia al ascenso social de los individuos más negroides y revela que hay bahianos que imputan a los negros el atraso económico en que vive la región, si se la compara con otras zonas del Brasil cuya industrialización y enriquecimiento

se produce con mucha mayor rapidez. Por ejemplo, en las capas más elevadas de la sociedad los casamientos entre ambos grupos encuentran obstáculos a veces muy fuertes, hasta el punto de que suele decirse que, no siendo en materia de casamiento, no existe realmente prejuicio de color en Bahía. No obstante, un mestizo que ejerza una profesión liberal o que sea poseedor de cierta fortuna puede casarse con una blanca «fina», vale decir, de origen auténticamente europeo.

El matrimonio constituye la piedra de toque de las relaciones interracialistas. En Bahía, el matrimonio es considerado por muchos hombres de color como el medio de acceder a una mejor posición social. El número de uniones entre gentes de pigmentación distinta es bastante elevado, cifrándose en un 20 % del total del Estado. Por otra parte, tiende a disminuir la presión social que antaño se ejerciera contra los matrimonios mixtos. Hay en Bahía hombres de color que desempeñan situaciones destacadas, casados con mujeres blancas o, cuando menos, con esposas más claras de piel que ellos.

Un estudio realizado sobre varios de esos casos revela el hecho curioso de que una mujer de tez oscura que se casa con un blanco está mucho más expuesta a la hostilidad de los familiares de su marido que un hombre de color que contrae matrimonio con una mujer de color claro o totalmente blanca. Esta actitud, paradójica en apariencia, se explica por el hecho de que en la familia brasileña los parientes de la mujer tienen mayor influencia que los del marido y éste, fatalmente es absorbido por aquéllos.

Así, el hombre de piel oscura

se «eleva» al integrarse a la familia de su mujer blanca o clara, mientras que un blanco que se casa con una mujer de tez oscura «se marcha de su clase». En efecto, según un dicho popular, «cuando se casa una hija, su familia gana un hijo». El hombre se integra de esa manera al mundo de las gentes de color al que pertenece su mujer.

El mismo fenómeno puede observarse respecto a las clases sociales: los matrimonios entre jóvenes cultos y «buenos»—aun cuando a veces sean pobres—y muchachas de familias acomodadas, son mejor acogidos que las de hombres de buena sociedad con mujeres que pertenecen a una clase inferior. No olvidemos, sin embargo, que el joven debe ser «culto y bueno» para que no se le reproche su carencia de medios o su color. Quiere decirse, que trueca en cierta manera sus méritos por la fortuna o blancura de su mujer.

Estos hechos, sumariamente expuestos, nos demuestra que si bien existen prejuicios de color, estos no son lo suficientemente fuertes para impedir los matrimonios interracialistas en las clases superiores de la sociedad bahiana.

Lo positivo es que en Bahía se hallan reducidos a un mínimo los antagonismos entre individuos y grupos étnicos diferentes. Estos antagonismos, por otra parte, quedan atenuados por los procesos de ajuste que actúan también en otros sectores de la vida social, limando las asperezas del conflicto individual y restando agresividad a la competencia.

El cuadro se completa con el orgullo que produce en los bahianos su tradición de tolerancia y su falta de todo sentimiento racista.



Sobre dos o cuatro ruedas —según la urgencia del mensaje— llegaban hasta la lejana Inglaterra los eficientes correos de la legiones romanas.

## LA VUELTA AL MU

**AÑO 2.500 a. de Cristo.** — La caravana procedente de Ninive acababa de llegar a Ur. Ardasipal, el comerciante, recibe dos ladrillos cocidos con unos signos que lee atentamente. Su corresponsal de Ninive, Baalid, le da cuenta en ellos de los beneficios obtenidos con las mercancías que le había enviado. Son los pasos iniciales de un servicio, el de Correos, que nace al mismo tiempo que el primer comercio internacional, en los albores de la historia de la cultura.

Sólo hace 60 años que el material impreso disfruta de tarifas reducidas en un importante grupo de países. Antes, los impresos se enviaban con la misma tarifa que las cartas. Y no hace más de 150 años que el servicio de correos constituía aún de hecho un privilegio reservado a la realeza, los comerciantes, la aristocracia y los altos funcionarios del Estado.

El primer servicio «oficial» de correos de que hasta ahora se tiene noticia lo fundó Darío el Grande de Persia 500 años antes de J.-C. Por medio de postas de jinetes, Darío enviaba mensajes a su vasto imperio, que se extendía desde la India hasta Egipto. Los estadistas de Macedonia, Egipto y Roma siguieron ese ejemplo, y los emperadores chinos tenían un detallado sistema postal que Marco Polo describió varios siglos más tarde al regresar de su famoso viaje a las tierras del Gran Khan.

Con los romanos, el correo imperial llegó a alcanzar un grado de eficacia que sólo se ha podido superar en los tiempos actuales. Las cartas de Julio César a Cicerón, escritas desde Inglaterra, llegaron a Roma en 26 días. En 1800, el reparto de una carta enviada en esas mismas condiciones hubiera tardado un mes.

La palabra «posta», con que se designa el correo en muchos idiomas, data de ese período romano. Se deriva del latín «positus», que quiere decir «colocado» o «apostado», porque los caballos estaban efectivamente apostados a distancias fijas para servir de relevo en la conducción de los despachos.

Los particulares hacían uso de esclavos para llevar las cartas o las confiaban a algún viajero dispuesto a hacerles ese favor. Alrededor del año 300 de nuestra era, el emperador Diocleciano inició el primer correo público para los ciudadanos de Roma.

Con la caída del Imperio Romano cayó también el correo europeo como servicio

público oficial, y sólo en el curso del siglo VIII Carlomagno logró restablecerlo parcialmente. Los señores del medioevo mantuvieron correos reales, aunque no hubiera entonces ningún servicio público regular de éstos. Los gremios de comerciantes en España, Inglaterra, Francia, Alemania e Italia establecieron a su vez servicios privados para atender el servicio de letras o cartas de cambio que había que pagar en los ferias. Desde el siglo XIII hasta la revolución de 1789 la Universidad de París mantuvo un correo internacional para uso de su cuerpo cosmopolita de estudiantes y profesores. Isabel la Católica, organizó el servicio de postas en España y estableció el correo para América.

Hacia 1550 se permitió a los correos reales de Inglaterra y Francia llevar cartas particulares. El jefe de correos de la reina Elizabeth autorizó a sus mensajeros a llevar correo privado al continente en los cúteros en que se embarcaban. Mientras tanto, Carlos V había extendido a Austria y Holanda los beneficios del servicio postal alemán.

En 1635, Thomas Witherings, director de correos de Carlos I, creó un servicio público entre Londres y Edimburgo. La tarifa que pagaba el destinatario era de dos peniques por una carta enviada a menos de 130 kilómetros y de ocho peniques por una que fuera a Escocia. También, con el consentimiento del gobierno francés, Witherings organizó un servicio extranjero de correos a través de Francia.

El Cardinal Mazarino, primer ministro de Luis XIII y Luis XIV, introdujo el uso del correo para enviar paquetes, y en 1653 fundó un servicio local para beneficio de los parisienses. Se pagaba un «sueldo» por este servicio, pero en forma de sello de correo; y ésta es la primera vez que se puso en práctica tan famoso expediente. Un imitador inglés del Cardenal, William Dockra, organizó un servicio muy eficaz de correos en Londres a penique por carta, pero fué a parar a la cárcel por orden de Jaime, Duque de York, que gozaba del monopolio de beneficios postales.

En 1670, Inglaterra y Francia crearon, por un tratado especial, el «Correo de Lyon»; de ese fecha, por tanto, data el correo internacional regular. Inglaterra enviaba paquetes postales a Francia dos veces por semana, y ésta se encargaba del servicio por tierra hasta Lyon. Las tarifas se pagaban hasta este



Los servicios de Correos disponen hoy de los aparatos más modernos, como estos helicópteros que pueden aterrizar en unos metros de superficie.





Además del Correo Real, existía en Francia durante la Edad Media el llamado "Correo de los Monjes", encargado de transportar los rollos de pergamino.



Estas dos reconstituciones nos muestran en el Museo Postal de Francia como funcionaba en París a comienzos del siglo XVIII una estafeta...

# UN DEDO POR UNOS CENTAVOS

por Philip L. SOLJAK

punto, y de ahí a cualquier otra dirección abonaba la diferencia el destinatario.

Un nuevo tratado anglo-francés, firmado en 1713, estableció la base de una contabilidad de los correos en tránsito, contabilidad que con escasas variantes siguió en vigencia hasta 1870. Se podía enviar cartas a Italia, España y Turquía sin pagar franqueo. La contabilidad entre las oficinas de correo de Inglaterra y Francia se hacía sobre las cantidades totales que se debían entre correo y correo, haciéndose el cómputo del importe carta por carta.

En 1711, el director general de correos de la Reina Ana había reorganizado el correo británico y regulado los servicios entre la metrópolis y sus colonias en Norteamérica y las Antillas. Por esta época, los famosos «paquebotas» de Falmouth empezaron a viajar de Inglaterra a España, Portugal y las Antillas, y hacia 1800 servían una vasta parte del mundo. Para completar su reducida paga, las tripulaciones de estos pequeños barcos se entregaron muchas veces al contrabando o a la captura de barcos extranjeros como botín de guerra. Estas actividades pusieron al infortunado director general de correos en conflicto frecuente con otras secciones del gobierno, como la Aduana o la Marina.

En Norteamérica, Benjamin Franklin amplió el servicio de correos intercolonial y, en 1775, como director general interino de correos para las colonias, inició un servicio de Nueva York a Inglaterra. El Congreso continental fundó un correo americano independiente al estallar la guerra de Gran Bretaña con sus colonias americanas en 1775.

Hacia 1790, el correo británico transportado por carricoches o diligencias, que William Pitt fundara seis años antes, repartía cartas y paquetes a la mitad del costo de los jinetes individuales de antes. Cada vez había más gentes que escribían por «correo urgente» sus cartas. Pero las tarifas, basadas en la distancia a que debía llevarse el envío postal, subieron rápidamente durante las guerras napoleónicas. En Francia, el Emperador acabó con la concesión en arrendamiento del correo a individuos o empresas privadas, fundando en 1804 un servicio nacionalizado y puesto bajo las órdenes de un director general.

En 1835, un inglés pagaba 17 peniques por enviar una carta a 1.150 kilómetros de distancia o para recibir una que tuviera que

efectuar el mismo recorrido. Insistiendo en que las tarifas postales debían basarse en el peso y no en la distancia a que se transportaba la carta o paquete en cuestión, Sir Rowland Hill propuso la adopción de una tarifa uniforme de un penique, que debía abonarse, por medio de una estampilla de correos, el enviar el artículo. Ambas reformas estaban ya en vigencia en 1840, y pronto Estados Unidos, Francia, España y Alemania siguieron los pasos de Gran Bretaña. Antes de que pasara mucho tiempo, ésta última volvía a abrir brecha con tarifas reducidas para libros y periódicos.

Mientras tanto, el comercio y las comunicaciones iban sufriendo una rápida expansión en Europa, y los colonizadores «adelantados» iban ocupando y poblando nuevos territorios allende la mar. Tanto los ferrocarriles como los barcos de vapor transportaron el correo más rápidamente y en mayor volumen que antes. Los subsidios que les pagaban las oficinas de correo permitieron que compañías navieras como la Cunard Line, la Pacific and Oriental y la Royal Mail Line tuvieran servicios regulares con las Américas y las colonias británicas. Antes de que ello ocurriera, en 1834 la firma de Jardine, Mathieson and Co., establecida en Cantón, había empezado a hacer correr sus famosos «clippers de China» que a toda vela cruzaban raudamente el mar con su carga y sus despachos.

En la India, el servicio que Lord Clive inaugurara en 1766 seguía el ejemplo británico manteniendo tarifas uniformes y bajas, pese a las grandes distancias recorridas. A los colonizadores aislados en muchas regiones de Estados Unidos, el Canadá, Australia, Nueva Zelanda y África del Sur les traían el correo las diligencias y los jinetes especialmente dedicados a esta tarea. El correo australiano, fundado en 1810 por el Gobernador Macquarie, mantenía comunicación regular con Estados Unidos por vía marítima cincuenta y seis años más tarde. En Nueva Zelanda, el correo empezó usando corredores maoríes, y, en Sud-Africa, jinetes hotentotes.

El «Pony Express», servicio que transportó correos desde St. Joseph, Missouri, a San Francisco —una distancia de casi 3.500 kilómetros— realizó una verdadera proeza durante los dieciséis meses que duró su funcionamiento, entre 1860 y 1861, fecha en que lo reemplazó el telégrafo de la Western

Union. Ochenta jinetes y 400 caballos, situados en postas de relevo, recorrían esa distancia en menos de diez días, o sea, la tercera parte del tiempo empleado por una diligencia; y para ello desafiaban tempestades, inundaciones y ataques de los indios, con lo que ganaron una fama que el tiempo no ha logrado menguarse.

Otro servicio de correos que merece el calificativo de pintoresco es el de la «caja de estaño», que hasta hace poco ha funcionado en la isla de Tofua, perteneciente al grupo de las islas Tonga, en los mares del Sur. Por impedir los arrecifes de coral que rodean la isla el acercamiento de los barcos a la costa, se tiró durante mucho tiempo al mar una caja de estaño que contenía el correo. El nadador más fuerte de la isla se tiraba al mar, desafiaba la marejada y llevaba el correo a remolque hacia la costa.

Al irse ampliando los correos internacionales, se fueron firmando más y más tratados postales. Pero a causa de las muchas diferencias de tarifas y procedimientos en diversos países, se hizo casi imposible la distribución rápida y exacta de la correspondencia. En 1863, por indicación de Estados Unidos, una conferencia internacional celebrada en París llegó a ponerse de acuerdo sobre un código postal destinado a mejorar y simplificar las relaciones internacionales en ese sentido.

La puesta en marcha de dicho código y su aplicación práctica se vieron demoradas por la guerra civil norteamericana y la guerra franco-prusiana. En 1870 y 1871, los parisenses, sitiados por los alemanes, organizaron un correo a Tours por medio de palomas mensajeras y globos, servicio que sin duda merece el calificativo de primer correo aéreo de la historia: 360 palomas transportaron despachos microfotografiados, y en 57 ascensiones en globo los carteros transportaron más de tres millones de cartas y 91 pasajeros, pese a los ataques de los cañones enemigos.

Por una de esas ironías de la historia, fué por ese entonces cuando el Dr. Heinrich von Stephan, director general de correos de Alemania, preparó un plan de unión postal universal. En 1874, Suiza convocó en Berna un congreso en el que estuvieron representados todos los países europeos, así como los Estados Unidos y Egipto. Como resultado de este congreso tenemos la Convención Postal Inter-

(Continúa en la página siguiente)



... y la animación de la Corte a la llegada y partida de los correos.



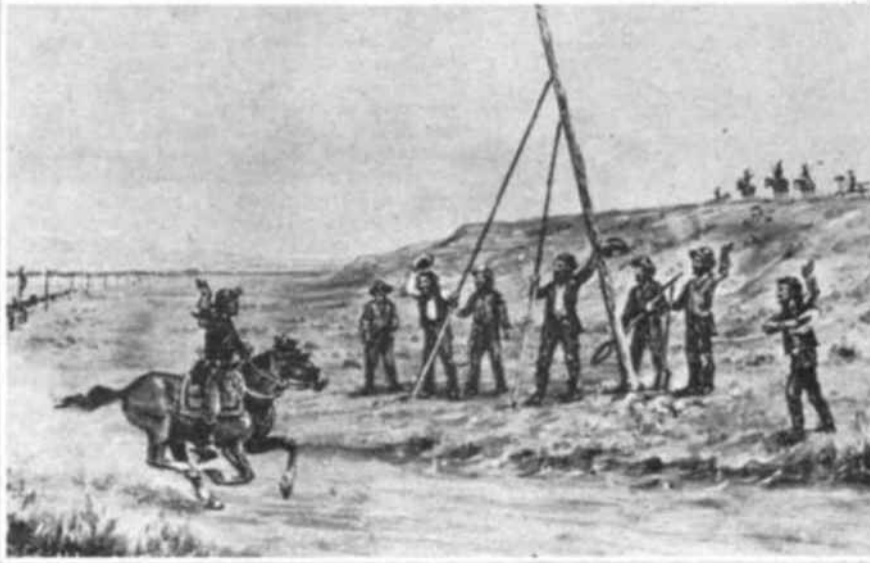
He aquí el uniforme del "correo peatón" de Toscana a principios del siglo XIX.



En la India, los "daks" recorrían los caminos con su mochila de cartas en bandolera.



Durante la guerra de 1870, los parisinos sitiados guardaban contacto con el resto de la Francia libre gracias a un servicio de globos improvisado.



La epopeya de los jinetes del "Pony Express", en las praderas del Oeste americano, ha quedado inmortalizada en el recuerdo de sus conciudadanos.

# CUANDO LOS NIÑOS SE ESCRIBEN

por Jacques GUÉRIF



« **T**O a boy twelve years old who can speak English, Paris, France » (a un muchacho de doce años que pueda hablar inglés, París, Francia). Una carta dirigida así ha cubierto la distancia que separa Kansas del continente europeo. Al recibirla, los servicios de Correos no han dudado un solo instante: la han remitido a la Oficina Francesa de Correspondencia Escolar Internacional. Este caso no constituye una excepción: cada día millares de mensajes análogos cruzan el mundo en todas direcciones, procedentes de escolares nacidos en las cinco partes del mundo y deseosos de establecer relación asidua con muchachos o muchachas cuya lengua están aprendiendo y cuyo país desean conocer.

El ansia de conocimiento que sienten muchos jóvenes llega a alcanzar, en ocasiones, un carácter apasionado. Véanse las siguientes líneas escritas por una muchacha: « Gracias a ustedes tengo un correspondiente norteamericano que, a su vez, me ha enviado otras direcciones de camaradas suyos. En la actualidad, tengo un correspondiente en casi todas las naciones. Por otra parte, he recibido a través de sus servicios muchas cartas de un correspondiente

argentino, y es muy posible que en breve haga una visita a su hermosa patria. »

Desde un punto de vista tanto moral como internacional, la correspondencia constituye un elemento valiosísimo para la mutua comprensión y estima: pronto el intercambio de ideas e impresiones trae la simpatía y luego la amistad. El envío de cartas se acompaña, frecuentemente, de la remisión de postales, revistas, publicaciones, documentos, etc. y, en ciertos casos, de regalos más considerables. El amigo participa en las alegrías y tristezas de su correspondiente; se organizan intercambios de visitas y, como en numerosas ocasiones ha sucedido durante la última guerra, la correspondencia escolar llega a plasmarse en firmes amistades y noviazgos.

Originado a un tiempo en Norteamérica y en Francia, el movimiento de correspondencia escolar ha ido en aumento ininterrumpido desde finales de la primera contienda mundial, y se hizo indispensable la coordinación de las diversas oficinas nacionales—más de treinta hoy en día—a fin de facilitar esa plausible actividad y asegurar a la correspondencia un adecuado control de orden pedagógico y moral, sin el cual sus

finés podrían ser desvirtuados. Establecida en 1929, de acuerdo con el Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones, esa coordinación se extendió en 1946 a los intercambios y viajes de escolares y estudiantes de enseñanza secundaria. Así, la Comisión Permanente de la Correspondencia Escolar Internacional se ha transformado en una Federación Internacional de Organizaciones de Correspondencias e Intercambios Escolares (FIOCES), cuya misión esencial consiste en unir todos los elementos competentes y desinteresados que persigan el mismo objetivo: coordinar y facilitar sus esfuerzos y presentarlos en el plano internacional, principalmente ante la Unesco.

Gracias a dichas entidades, varios centenares de millares de jóvenes, pertenecientes a 45 países, intercambian regularmente su correspondencia. Muchos de ellos se dirigen directamente a una de las oficinas nacionales para obtener un correspondiente de sus mismas aficiones o que curse estudios similares a los suyos. Pero la mayor parte de los intercambios se verifican a través de los directores de establecimientos escolares y de los profesores que dictan clases de lenguas vivas o de historia en los mismos. Estos transmiten las solicitudes a las oficinas de su país, quienes se ponen en inmediata relación con los organismos análogos existentes en el extranjero y se encargan de elegir o recomendar los correspondientes. Dicho método es, de con mucho, el que presenta mayores ventajas, ya sea en el aspecto intelectual o en el moral. Claro está, que la correspondencia entre jóvenes no debe tener el carácter de una coacción, sino parecer como el libre ejercicio de un deseo íntimo, personal. El profesor ha de procurar, por lo tanto, no imponer su criterio, sino sugerir, proponer, guiar...

Si acierta a crear entre sus alumnos el ambiente físico y moral adecuados, la sugestión no caerá en barbecho. El ambiente físico lo constituye la sugestión visual: un mapa atractivo del país extranjero de que se trate, fotografías o carteles de sus ciudades y monumentos, la actualidad que puedan prestarle los acontecimientos del día, exposiciones sobre las obras de arte que se guardan en sus museos, objetos pintorescos que se refieran a sus peculiaridades étnicas y folklóricas, etc.

Facilitando a una misma clase varios correspondientes de países distintos, de regiones muy diversas, resulta posible suministrar a los alumnos una idea aproximada del país cuya lengua o cuya historia están aprendiendo. Por ejemplo, en el caso del inglés, los correspondientes de diferentes regiones de Gran Bretaña, los Dominios y Norteamérica, ofrecen al profesor la posibilidad de llevar a cabo encuestas sumamente interesantes y provechosas. De esta manera se estudian en muchos establecimientos italianos, franceses y belgas la producción y

filatura de la lana en Australia e Inglaterra, las catedrales de este último país, los deportes característicos de la vida anglosajona, Escocia y sus costumbres, los diversos tipos de construcción rural en los Estados Unidos, la fauna neozelandesa, etc.

También se comparan las curiosidades naturales de unos y otros países: los lagos italianos de la región alpina con los canadienses de las grandes praderas; los fiordos noruegos y los lochs escoceses; los ríos de corriente rápida que bajan de las Montañas Rocosas y los lentos de las planicies francesas; los diversos métodos de explotación agrícola y forestal; los platos típicos de unas y otras naciones; las aficiones teatrales, cinematográficas, deportivas...

Al mismo tiempo, otros ejercicios pueden contribuir a desarrollar el ambiente moral deseable, tales como la participación en las exposiciones a que nos refiriéramos y la integración de las correspondencias escolares internacionales en algunos trabajos de orden pedagógico. En efecto, ello, en lugar de perjudicar a las materias regulares de estudios, suele ayudarlas: las exposiciones, las colecciones pueden llevarse a cabo de acuerdo con el profesor de geografía o de historia y a veces por sugestión expresa suya. El profesor de dibujo encuentra en la documentación extranjera motivos que aprovechar para su clase: la reproducción de catedrales o esculturas, la inspiración para el tema imaginario que proponer a sus discípulos. Lo mismo puede decirse del profesor de matemáticas: explicar la diversidad de medidas de capacidad, peso y superficie que se emplean en el mundo; problemas sobre la conversión de cambios, etc. Respecto al estudio de la literatura, las sugestiónes que ofrece la correspondencia escolar son innumerables.

Por este método, los correspondientes se recomendarán las últimas lecturas que hayan hecho y que más les gusten. Unas veces se tratará de autores modernos, de moda, y otras de clásicos traducidos en todas las lenguas occidentales y sobre los que el profesor podrá ilustrar y aconsejar, esclareciendo pasajes oscuros o citas eruditas. Los muchachos remitirán fotografías con las representaciones de obras teatrales o sus actores de cine predilectos. Aquí, también, se ofrecerá un campo adecuado de acción para la labor del profesor.

De este modo, los vínculos establecidos entre los jóvenes correspondientes van creando una tupida malla de intereses y afectos, fundando una base estable para la amistad de los días adultos. Por intermedio del amigo lejano se aprende a apreciar y a juzgar las gentes de otros países, se tiende un puente de comprensión a través de los prejuicios internacionales.

En la multiplicación de esas relaciones debe poner unas de sus más legítimas esperanzas la sociedad de nuestro tiempo.

## LA U. P. U. MANEJA AL AÑO 60 MIL MILLONES DE CARTAS

### SIGUE DE LA PAGINA ANTERIOR

nacional que trajo por primera vez orden y uniformidad al servicio internacional de correos.

Este tratado, que entró en vigencia en 1875, introdujo la uniformidad en la manera de considerar la correspondencia, así como la simplificación del sistema de contabilidad y la reducción de las tarifas dentro de ciertos límites. Las tarifas, por ejemplo, debían fijarse teniendo en cuenta el peso antes que la distancia.

La agencia fundada a raíz de la firma de esta Convención se llamó la Unión Postal Universal, y fué creada en 1878. Al comenzar este siglo, formaban parte de ella casi todos los países del mundo. Grandes o pequeños, todos ellos contribuyeron a hacer que adelantara el servicio; Nueva Zelanda, por ejemplo, creó la máquina automática de venta de estampillas en 1908, y en 1920 ganó fama internacional con su máquina de franquicia postal.

El correo aéreo, fundado en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos en 1919, llegó a cubrir cuatro continentes en el curso de una década. En 1927, la Unión Postal Universal adoptó un código de reglamentaciones de

correo aéreo, reglamentaciones que han ido ampliándose a medida que la situación lo requería.

El principio básico que rige la Unión Postal Universal es el de que, para los propósitos del correo, todos los Estados miembros que la integran constituyen un solo territorio. Cada uno de esos Miembros se compromete a transportar la correspondencia que se le confía por los mejores medios de comunicación que use para sus propios correos. De este modo, todos los países gozan plenamente en la actualidad de los servicios ferroviarios, marítimos y aéreos del mundo entero.

La Organización de la Unión Postal Universal es tan sencilla como eficaz. La mayor parte de los problemas los resuelven directamente los países afectados por éstos, pero para las cuestiones que interesan a todos los miembros de la Unión, se mantiene en Berna una oficina internacional. Esta oficina recoge y publica una gran cantidad de información, hace circular listas de servicios aéreos y marítimos y se encarga de las cuentas internacionales de sus miembros, cuentas que se basan en los créditos de la correspondencia durante un mes, anotados cada tres años.

La Convención Postal Universal es objeto de revisión cada cinco años, en el Congreso de la Unión al que envían delegados todos los

Miembros de ésta. Además, hay un comité ejecutivo en el que tienen voz y voto 19 naciones y que se reúne todos los años. Cumpliendo con los términos de la revisión de que fuera objeto la Convención en 1948, la Unión Postal Universal se convirtió a partir de entonces en una institución especializada de las Naciones Unidas.

Actualmente, los Miembros de la Unión manejan más de 60 mil millones de cartas al año. Sus aviones de pasajeros y correspondencia cruzan los aires a toda velocidad con toneladas de correspondencia. No puede pedirse nada más distante—y distinto—de los jinetes de la antigua Persia, los cúteros de los tiempos de Elizabeth de Inglaterra o los intrépidos portadores del correo en los días del Pony Express. Pero todos los que han servido a esta institución milenaria se han visto, sin embargo, inspirados por el mismo fin: el de transmitir noticias e informaciones a los sitios más alejados del planeta.

De acuerdo con las decisiones adoptadas por el Congreso de la Unión Postal Universal que se clausuró en Bruselas el 12 de julio pasado, pronto se extenderá la aplicación internacional de tarifas postales reducidas a los diarios, revistas, libros, mapas y música impresa. Esas medidas están basadas en las recomendaciones formuladas repetida-

mente por la Unesco a través de su campaña en favor de la libre información entre los pueblos. Sus fines principales son:

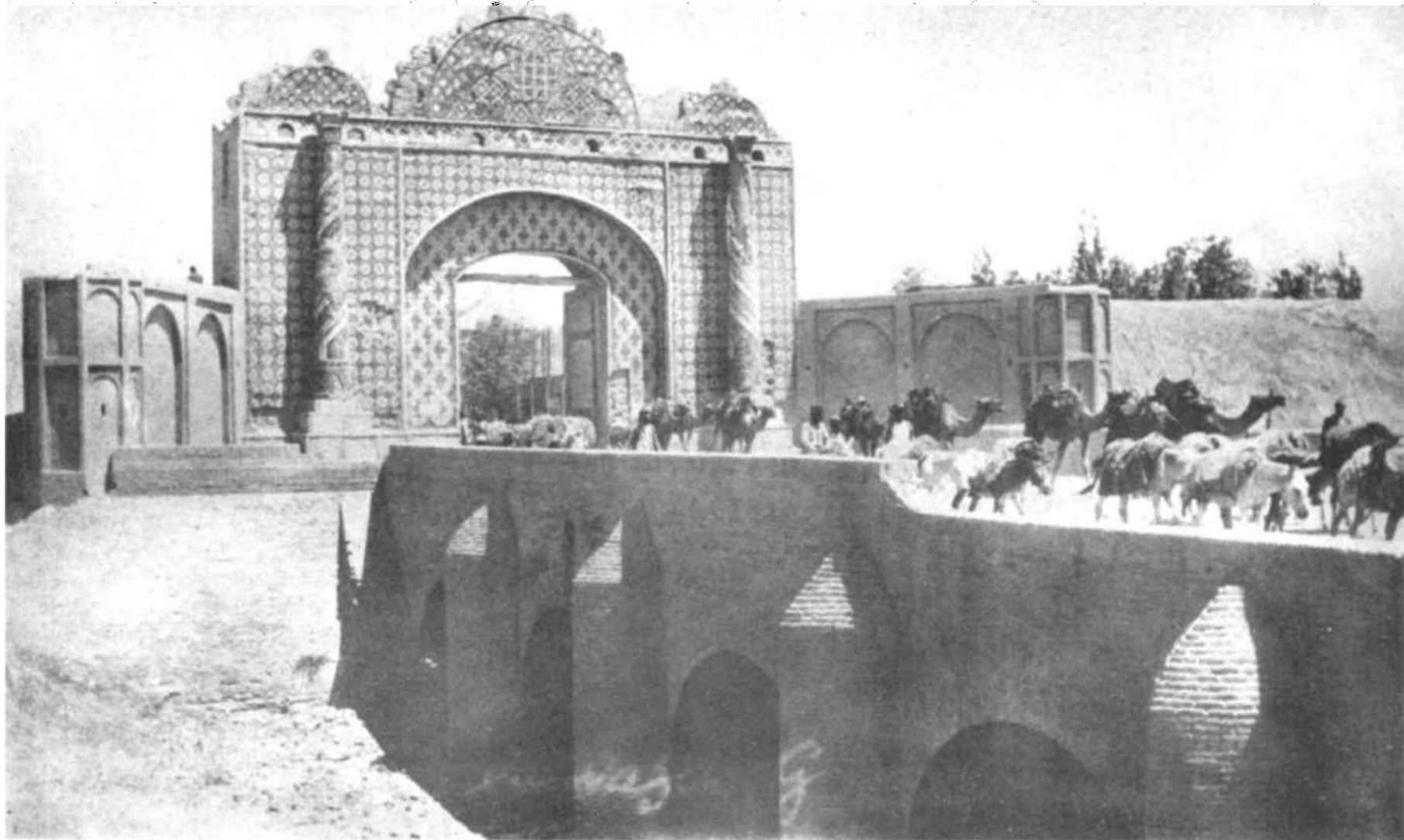
1. — Permitir que todos los diarios, libros y revistas enviados al extranjero gocen de una reducción en las tarifas de un 50 %, sea quien sea el remitente.

2. — Garantizar que las tarifas de las publicaciones remitidas al exterior guarden equidad con las tarifas favorables de las publicaciones que se franquean para el interior.

3. — Permitir que la literatura en alfabeto Braille para los ciegos pueda franquearse libre de todo gravamen.

4. — Extender la aplicación del sistema existente para poder pagar en moneda nacional y en las sucursales de Correos las suscripciones a diarios y revistas extranjeras, así como su franqueo por tarifa reducida. Este servicio habrá de simplificarse considerablemente a fin de que puedan participar en él muchos más países que en la actualidad.

Al comentar las anteriores decisiones de la Unión Postal Universal, don Jaime Torres Bodet, Director General de la Unesco, expresó que « la adopción de esas propuestas constituye una aportación práctica al entendimiento entre los pueblos. »



Esta antigua puerta de una ciudad irania se levanta como testimonio elocuente de las grandezas pasadas. Persia, patria de Algazel y Omar Kayam, de Saadí y de Firdusi, reserva grandes bellezas artísticas y naturales para el viajero y el curioso que recorran sus altas mesetas, sus floridos valles.

# ALGAZEL, MISTICO DE LA REALIDAD

Por José de Benito

LA caravana marchaba despaciosamente por la meseta de Jagatai, sin alejarse demasiado del cauce casi seco del Kal Mura, siguiendo el cual, aguas arriba, había de llegar a Tus — la actual Mash Had. La mayoría de los viajeros eran comerciantes y peregrinos que regresaban de la Meca de visitar la tumba del Profeta. Los camellos indiferentes, soportando sus enormes cargas, hacían camino al ritmo lento de su larga andadura. El monótono balanceo de sus cabezas se proyectaba sobre la tierra reseca y blanquecina en gigantescas sombras ondulantes. El sol se iba poniendo a espaldas de la caravana.

En dos jornadas más podrían todos reposar en el fondak de Jafiabad. Al norte, cerrando el horizonte, las crestas de los montes de Ala-Gah iban perdiendo azul y ganando relieve a medida que los viajeros se acercaban al extremo oriental de la meseta. Allí tenían que adentrarse por los desfiladeros de la divisoria entre las dos cadenas de montañas. Por entre ellas se abría paso el río, buscando, desde sus manantiales en los montes del Turquestán, un mar donde verter sus aguas, sin sospechar que el escaso caudal que le dejara la evaporación solar en su largo recorrido iría a perderse en las lagunas de Jandak para dar vida al oasis de las doce aldeas en el Gran Desierto Salado.

El aspecto de aquella región de Persia hacia el año 467 de la Egira (1075 de la era cristiana), difería en poco del de hoy, y la inseguridad en los viajes era pareja a la actual, a pesar de la autoridad de los turcos Selyucidas dueños ya de Persia. Un muchacho de ojos penetrantes, nariz recta y frente despejada, de unos 16 a 18 años, oía ávidamente a un peregrino que le contaba sus impresiones de la Meca. De pronto, bró-tados de la tierra por ensalmo, un grupo de jinetes al galope de sus cabalgaduras rodeó a la caravana sorprendida. Los gritos y lamentaciones de los viajeros se elevaron en imprecaciones hacia el sereno cielo azul, pero el jefe de los ladrones del desierto, después de imponer silencio, ordenó a sus secuaces el despojo de los atribulados viajeros. La operación fué rápida y el muchacho miraba con ojos asombrados y curiosos la actividad de los bandidos. Ya se alejaban éstos con su botín, cuando el joven Abu Hamid —que ese era su nombre, aunque en la historia se le conoce por Algazel— echó a correr tras los saltadores, como si de repente se hubiera dado cuenta de lo que acababa de suceder. El jefe de los ladrones se volvió hacia Algazel y le gritó colérico: «Vete o vas a morir». El muchacho se plantó decididamente ante él y dijo con firmeza y persuasión: «Sólo te ruego que me devuelvas mis notas, porque a vosotros no os sirven para nada». «¿Tus notas, y qué son esas notas?» —preguntó el jefe de los bandidos. «Son —respondió Algazel— los cuadernos que hay en ese saco. He abandonado mi país para escuchar, para escribir y para aprender lo que ellos contienen». El ladrón le miraba atentamente, y se echó a reír ya con cierta benevolencia en la expresión. «¿Cómo puedes pretender que las has aprendido si

cuando se te quitan te quedas sin su ciencia?». La cara del muchacho enrojeció, y cuando su interlocutor le hizo entrega de los cuadernos, murmurando unas palabras de agradecimiento, volvió a reunirse con los despojados compañeros de viaje.

Desde que regresó a su casa en Tus, el joven Algazel —lo cuenta G. H. Scherer— se dedicó a aprender de memoria las notas escritas en Gurgán, invirtiendo tres años en esta tarea. Y parece que, a partir del incidente, siempre que se puso a estudiar un nuevo tema, no se consideró satisfecho hasta haberlo dominado por completo.

La posteridad hizo de Algazel, entre los pueblos del Islám, la máxima figura de su doctrina y su primer filósofo. Los títulos de «Prueba del Islám», «Ornamento de la Religión» y «Adalid de la Fe», con que le designaron los mahometanos, nos dan la medida de la estima en que se le ha tenido. «Si después de Mahoma ha habido un Profeta, dijo Ibn Al-Subki en el siglo XIV, seguramente lo era Algazel». Y una tradición muy extendida cuenta que Al-Sadili, el gran místico islámico del siglo XIII, soñó que Mahoma hablando con Moisés y con Jesús les invitó a encontrar entre los pueblos que seguían sus doctrinas un solo justo comparable a Algazel, y que éstos se reconocieron incapaces de hallarlo.

Nació en Gazala, pequeño burgo de la ciudad de Tus, en la provincia persa de Khorasán, el año 1058, recientes aún las conquistas de los Turcos Selyucidas en Persia y el Irak, Algazel, cuyo nombre de familia era Abu Hamid Mohamed ben Mohamed al-Tusi al Safii, quedó huérfano cuando tenía apenas ocho años y fué recogido por un tío suyo, jeque instruido y, al mismo tiempo, profesor. La educación del muchacho fué de lo más selecta que en aquel tiempo podía ofrecerse a un niño nacido en el Islám, y esto dice mucho, porque todavía en el siglo XI la cultura seguía principalmente refugiada en los países árabes, donde habían surgido ya figuras tan universales como las de Alfarabí y Avicena. Después de hacer sus primeros estudios en Tus, los continuó en Gurgán y en Nisapur, ciudad ésta en cuya Universidad fué discípulo predilecto primero, y ayudante más tarde (1078), del Imán al-Haramayn, con quien trabajó hasta la muerte de su maestro. Tenía entonces 27 años. Aquel mismo año (1085), en la lejana España, el rey cristiano Alfonso VI tomaba a los moros la ciudad de Toledo, en la que más tarde habrían de verse al castellano y al latín la mayor parte de las obras clásicas griegas leídas por Algazel en árabe durante sus estudios en la Universidad, que abandonó para trasladarse a Bagdad cerca del famoso visir Nizam al-Mulk, primer Ministro del Sultán Malik-Sah. La amistad y protección del Visir, unidas a la creciente fama de sus conocimientos, le llevó al rectorado de la Universidad de Bagdad, donde más de trescientos discípulos seguían con devoción sus explica-

ciones sobre filosofía y teología.

«Siempre he tenido sed de comprender la realidad» —dice en sus confesiones escritas poco antes de morir. Ese afán de comprensión le llevó desde el comienzo de sus estudios a adoptar una actitud crítica ante toda doctrina, lo que, fatalmente, le hizo separarse del «Taqlid» o aceptación de las doctrinas por la sumisión a la autoridad, tan en boga en el mundo árabe de su tiempo. De ahí su soledad, la fuerza de su pensamiento y la vigencia actual de muchas de sus afirmaciones. La lógica de Algazel es aplastante y su posición firmísima, incluso en las dos etapas de misticismo por las que pasó, después de haber triunfado en su inmenso esfuerzo intelectual.

La gran crisis espiritual de Algazel se produce cuando, con 38 años (1095), siendo Imán, Rector de Bagdad y Profesor con enorme crédito entre sus discípulos, cae enfermo con una afasia, que él interpreta como una enfermedad providencial, de la que Dios le cura «llevando la luz a su corazón». Algazel decide romper con todo lo que hasta entonces más apreciaba, el éxito, los favores de la corte, la admiración de su pueblo, y abandona Bagdad. Hasta ahí, su búsqueda de la realidad le había llevado a estudiar afanosamente a los teólogos, a los filósofos, a los batenitas y a los sufitas, los cuatro grupos considerados en principio por él como «buscadores de la verdad».

En sus conclusiones desecha a los teólogos y a los batenitas; a los primeros porque se preocupan más de combatir a los herejes que de la busca de la verdad, y, a los segundos, porque al sustituir la autoridad de los Imanes, reemplazaban el claro sentido del Korán por interpretaciones esotéricas y alegorías complicadas. El juicio sobre los filósofos es mucho más benigno, no obstante el título del libro en que se recoge su pensamiento al respecto. «Incoherencia de los filósofos». En realidad, la exposición objetiva de las tesis o doctrinas que examina, antes de entrar en sus apreciaciones personales, constituye un verdadero manual, que fué de gran utilidad para las generaciones siguientes.

Algazel ambicionaba terminar su vida en el retiro y en la soledad, pero el sufrimiento de la humanidad le llevó, primero, a interrogar ampliamente a muy diversas personas sobre la indiferencia religiosa, y, después, en vista de algunas de las respuestas recibidas, se inclinó a ofrecer a sus semejantes la verdad que había alcanzado a través de una experiencia de diez años. Esa es la razón por la que el año 1105 vuelve a la enseñanza en la Universidad de Nisapur. «El mundo sufría —dice G.H. Scherer— y él conocía el remedio a ese sufrimiento. El mismo había sufrido y encontrado luego la salud y la seguridad; debía, pues, conducir a los demás por ese camino, que tanto le había costado descubrir».

Del maestro tiene Algazel la claridad diáfana en la expresión. Su estilo pu-

diera pasar por occidental. Entre los «arabescos» de la poesía de su contemporáneo Omar Kayam y la prosa de Algazel hay la misma distancia que entre las líneas puras y severas de un monasterio románico y los ringo-rangos de la arquitectura de la gran pagoda de Angkor-Vat.

En su opúsculo «Ayyuha 1-Ualad» o «Hijo mío!» (del que existía ya una traducción al castellano de Asín Palacios, y que acaba de aparecer en la serie árabe de la «Colección de Grandes Obras de la Unesco», en nueva versión castellana del Padre Esteban Lator, y en francés y en inglés con las respectivas traducciones de Toufic Sabbagh y de Georges H. Scherer), Algazel responde a las preguntas que le ha hecho un jeque sobre diversos extremos. Las respuestas ofrecen la senda del sufismo como vía de salvación, y a lo largo de ellas Algazel hace sobre la ciencia y sobre la ignorancia admirables reflexiones.

«Hijo: la ciencia sin la práctica es locura, y la práctica sin ciencia es nula». Más adelante expone a su consultante una especie de guía espiritual, hablándole de ocho cosas: cuatro que debe hacer y cuatro que hay que evitar. En la primera de las recomendaciones, relativa a la discusión, dice: «Si surge alguna cuestión entre tú y algún individuo o grupo y deseas únicamente que se ponga en claro la verdad en vez de que quede desaprovechada, en ese caso no habrá inconveniente en discutir y examinar la cuestión; pero entonces dos serán los indicios de tu rectitud de intención; el primero, que te sea indiferente el que la verdad salga a la luz de tus labios o de los de otro cualquiera; la segunda, que te guste más discutir en privado que en público». Y, a continuación, advierte que la enfermedad de la ignorancia es de cuatro clases, una de ellas, la del que tiene afán sincero de saber, es susceptible de curación, y las tres restantes —la del envidioso, la del necio o la del tonto— no.

«El necio de que se trata aquí es el hombre que dedica un poco de tiempo al estudio de la ciencia, que aprende algo de las ciencias racionales y reveladas y se pone luego a consultar y argüir neciamente al sabio consumado que ha encanecido en el estudio de esas ciencias; ese necio, como a la vez es ignorante, se figura que donde halla él dificultades ha de hallarlas también el sabio consumado. Puesto que no sabe apreciar estas diferencias, pregunta por necesidad, así que no hay que tomarse la molestia de contestarle».

La lectura de «Hijo mío!», de Algazel, es hoy tan útil como cuando el gran místico de la realidad lo escribió: «Guárdate mucho de dos defectos: el primero es la afectación en el hablar, con discursos plagados de locuciones retóricas, de simbolismos y fraseologías místicas, de versos y de estrofas, que Dios detesta a los amanerados; además de que el atildamiento que pasa los límites es señal de desbarajuste interior y de liviandad de corazón».

Y digamos como Algazel al terminar su libro: «¡Gloria a Dios, Señor de los mundos!»



## CUPONES-DONATIVO DE LA UNESCO

**M**ILES de jóvenes de las escuelas de Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos se cuentan entre los «adelantados» de un nuevo género de cooperación internacional. Están empleando los peniques, centavos y francos de que disponen para que otras personas de otros países menos afortunados que los suyos puedan también gozar de las ventajas que concede la educación.

Así mismo, los adultos pertenecientes a agrupaciones y organizaciones de diversa índole participan en un esfuerzo magnífico para equipar las aulas vacías, llenar las estanterías sin libros, modernizar los laboratorios y, en general, suministrar los medios con que adquirir materia-

les educativos, científicos y culturales.

El vehículo de todo ello no es otro que el Programa de Cupones-Donativo lanzado por la Unesco, nueva actividad internacional creada para aportar una ayuda efectiva a las escuelas y demás instituciones afectadas por la destrucción de la guerra que se encuentran en regiones de insuficiente desarrollo económico; como, igualmente, para facilitar a las organizaciones voluntarias de países más afortunados la posibilidad de cooperar prácticamente en la labor que llevan a cabo las Naciones Unidas y la Unesco.

Esos grupos, clubs y organizaciones han unido sus esfuerzos para realizar un programa internacional de

amistad y comprensión a pesar de las condiciones de postguerra. Debe tenerse en cuenta que, por una parte, existían muy pocos proyectos de ayuda internacional que merecieran ese interés, y, por otra, que la recaudación de fondos para emplearlos en donativos al exterior tropezaba con poderosos obstáculos, entre los cuales han de mencionarse el empaque y embarque de los suministros.

Para hacer frente a todos esos problemas, la Unesco creó su Programa de Cupones-Donativos. Su adquisición tiene por objeto permitir a los grupos y organizaciones pertenecientes a las regiones donadoras el enviar los Cupones a países extranjeros para ayudar a sus instituciones educativas, científicas y culturales.

El sistema permite a los donadores evitar muchos problemas de adquisición y transporte, por no mencionar las dificultades cambiarias. Posee, además, la ventaja de que los recipientes pueden encargar el equipo que mejor responda a sus necesidades particulares.

Las unidades de ese Programa están constituidas por cupones de diez dólares, una libra esterlina y mil francos, especie de «divisa» internacional respaldada por la Unesco para la adquisición de los materiales precisos para la enseñanza, los aparatos que son necesarios en los trabajos de investigación y los utensilios artísticos. De esta manera, se compran a la Unesco, que suministra también las listas de necesidades



# UNA GUIRNALDA



CUPONES  
DONATIVO  
(Sigue)

**B**OMBAY es llamada «la puerta de la India». Su bahía sobre la costa occidental constituye uno de los mejores refugios naturales de todo el mundo y sólo puede compararse con las de Río de Janeiro, Nápoles y quizás San Francisco. La ciudad misma está construida en una isla (en la antigüedad eran siete islotes) que se halla unida a tierra firme por una serie de terrapienes y tajamares, habiéndose convertido así en una verdadera península. Debido a su posición sobre la ruta comercial entre el Lejano Oriente y Europa es, por su población, la segunda ciudad de la India (la primera, Calcuta, está situada en el nordeste del país).

Bombay se enorgullece de poseer algunos de los más hermosos edificios de la India, tanto públicos como privados, y su universidad es la más antigua de la nación; pero también posee uno de los barrios bajos más miserables de todo Oriente y el 75 % de sus habitantes son analfabetos.

La población de Bombay y su región adyacente puede calcularse en 1.250.000 personas, pero esa cifra resulta difícil de precisar, ya que millares de trabajadores de toda la India afluyen allí atraídos por las fábricas textiles, factorías y comercios de la ciudad. Por otra parte, la población se ha incrementado con los numerosos refugiados que emigraron del Pakistán al decidirse la partición de lo que constituía el territorio de la India inglesa.

Los recién llegados suelen establecerse en lo que se denomina comunmente un «chawl» (bloque de viviendas colectivas) o en los suburbios paupérrimos que rodean Bombay.

Durante los últimos trece años, una vasta organización ha venido dedicándose a urbanizar en lo posible dichos barrios, elevando sus condiciones sanitarias y reduciendo, al mismo tiempo, su alto porcentaje de analfabetismo. Esa organización se llama «Comisión de Educación Social de Bombay», y desde que inició sus trabajos en 1939, más de 300.000 hombres y mujeres han asistido a cursos de cuatro meses, y dos tercios de los mismos han aprobado los exámenes de lectura y escritura. Dondequiera que la Comisión actúa pueden registrarse las mejoras implantadas por ella. Su influencia educativa y cultural se ha extendido al resto de la India, ofreciendo enseñanza no sólo para leer y escribir, sino también en otras materias básicas como sanidad, educación cívica, trabajos manuales, etc.

Recientemente, un funcionario de la Unesco asistió a las clases de la Comisión, describiéndolos así lo observado:

«Visité las clases de diferentes materias para hombres y mujeres, tanto durante el día como en las horas nocturnas.

«Como es sabido, gran parte de los obreros de Bombay habitan en los «chawls», de los que existen muchos centenares. Desde el exterior, esos bloques de cemento armado, de una altura de cuatro pisos, tienen la apariencia engañosa de

El nuevo aparato, comprado con los Cupones-Donativo enviados desde Estados Unidos, es entregado (abajo) a un representante de los bahya (lecheros municipales) para utilizarlo en el edificio donde vive su grupo. Un obrero (arriba) enguirnalda el nuevo aparato con una especie de fervor religioso. Tras de escuchar uno de los programas educativos, las madres forman un grupo de discusión (foto del extremo inferior). El primer programa de radio fué amplificado para el público mediante un altavoz sujeto a una palmera (abajo, a la derecha).



# DECORABA EL NUEVO APARATO DE RADIO

modernas unidades de viviendas. Por dentro, sin embargo, son como conejeras, o más bien, según alguien ha dicho acertadamente, «como archivos humanos».

El «chawl» corriente posee 30 habitaciones de tamaño medio, cada una de las cuales suele alojar a una docena o más de personas de ambos sexos y toda edad. Con frecuencia, dos familias enteras viven hacinadas en una sola habitación, durmiendo sobre el suelo de concreto.

«La única luz que alumbra esas estancias procede de unas velas de sebo que desprenden bastante humo o de unas siniestras lámparas de kerosene. No hay que hacer ningún esfuerzo para imaginarse cuales son las condiciones de higiene, salubridad y bienestar que imperan en los «chawls». En todos ellos, la Comisión ha organizado un centro, y yendo de uno en otro he podido ver cuales son los resultados de su labor educativa y social.

«Dentro y en torno a los «chawls» donde las clases de alfabetización apenas han comenzado, las condiciones son realmente patéticas. En otros, donde el programa lleva ya algún tiempo funcionando, la limpieza y el orden prevalecen a pesar del hacinamiento. Aquí pude ver claramente como la «alfabetización», tal como la entiende y practica la Comisión de Educación Social, significa mucho más que un simple alfabeto. Las gentes demuestran buen sentido cívico, atienden mejor a sus niños y parecen, en conjunto, más despiertas y capaces.»

Y el propósito de la Comisión es transformar el 75% de analfabetismo de Bombay en un 75% de personas que sepan cuando menos leer.

La educación de las mujeres presenta, no obstante, ciertas dificultades. A pesar de que la mujer indú ha realizado en estos años un esfuerzo tremendo para alcanzar un pie de igualdad con el hombre, millones de mujeres indues continúan viviendo en «purdah» —palabra que significa velo o cortina— sentándose aparte y ocultando su rostro a los extraños. Sólo en 1939—el mismo año que se creó la Comisión—el gobierno indú propuso al parlamento y consiguió que se aprobara un proyecto de ley titulado «Ley para la Restricción de los Matrimonios entre Niños», prohibiendo las uniones de menores de dieciséis años. En toda la India va tomando incremento la educación de las muchachas e incluso de las mujeres casadas. Hemos de tener en cuenta, sin embargo, la poderosa oposición que se manifiesta contra esa actividad educativa. De tal manera, como existen todavía muchas mujeres que no quieren o no pueden correr la cortina y develarse, los maestros han de procurar mirar tras de aquélla.

Esto es lo que la Comisión de Bombay trata de hacer, obteniendo hasta ahora notable éxito. Cada día más maridos y esposas son alfabetizados, cada vez asisten en mayor número a las clases de educación fundamental. Como resultado de ello, hasta las mujeres que siguen veladas van llevando sus hijos a los centros educativos, y en muchos casos asisten a las clases (véanse las fotos que publicamos).

La Comisión de Educación Social de Bombay goza del apoyo dispensado por las autoridades gubernativas mediante donativos y, también, de la aportación de particulares, pero los recursos de que disponen son insuficientes para poder equipar sus centros con el material que corresponde a la magnitud de la empresa.

El año pasado la Comisión de Bombay se adhirió al proyecto de Cupones-Donativo de la Unesco. Esta notificó a las organizaciones y agrupaciones voluntarias de los países donantes sobre cuales eran los materiales que la Comisión precisaba con mayor urgencia—y cuyo precio oscilaba entre diez y 5.000 dólares. Explicó cómo, mediante los sellos de donación de la Unesco, se podían comprar los Cupones-Donativo que habrían de permitir a la Comisión de Bombay la adquisición de los aparatos receptores de radio adaptados al clima tropical, o los proyectores de cintas fijas y de películas de 16 mm. Asimismo, informó de que la «All India Radio» (conocida como «AIR») difunde un programa regular de carácter educativo dedicado a los obreros, aldeanos, escolares y estudiantes de bachillerato; que las estaciones locales de Bombay transmiten programas especiales de radio para los trabajadores todas las tardes, y cómo la Comisión se proponía utilizar los aparatos receptores en sus programas de educación fundamental.

Igualmente, la Unesco se refirió a la necesidad que tiene la Comisión de disponer de proyectores de cintas fijas y películas que «no sólo servirán a acelerar la alfabetización y difusión del conocimiento entre vastos sectores de la población, sino que también despertarán el interés de la gente por las actividades desplegadas a través del servicio de educación de adultos».

Desde entonces, un gran número de grupos y organizaciones juveniles de los Estados Unidos han adoptado diversos aspectos del Proyecto de Donativos de la Comisión de Educación Social de Bombay. Hace pocos meses que el primero de tres aparatos proyectores de cine, así como una serie de películas de 16 mm. y dieciséis aparatos receptores de radio llegaron a Bombay. Todo ese equipo fué adquirido por la Comisión mediante los Cupones-Donativo remitidos por las muchachas norteamericanas.

Para esas jóvenes de espíritu internacional y filantrópico, procedentes de Oklahoma, Texas, Illinois, Kentucky, Alabama, Florida, Montana y otros Estados de la Unión, el Proyecto de Cupones-Donativo era la respuesta adecuada a su pregunta: «¿Qué podemos hacer para cooperar con la Unesco y las Naciones Unidas en sus proyectos?»



«¿Qué curiosa moneda es ésta?», pregunta un trabajador de Bombay al ver por vez primera los Cupones-Donativo de la Unesco. La Sra. K. Sayani (derecha), de la Comisión de Bombay, explica cómo pueden utilizarse para comprar aparatos receptores, películas u otro material análogo para el Centro de Educación Social.



Se refleja el asombro en los rostros de las mujeres de Bombay que por primera vez asisten a una proyección de cintas fijas. Las materias que éstas tratan se refieren a sanidad e higiene, los pueblos de diversos países, la economía doméstica y conocimientos generales. Un público de mujeres veladas, sujetas al «Purdah» (reclusión de orden tradicional) contemplan las cintas fijas en un centro de Educación Social (derecha). El proyector había sido donado por una organización norteamericana. La curiosidad vence a la reserva (abajo) al examinar una espectadora la cinta fija que acaba de ser proyectada en la pantalla.





## LA OBRA DE LOS CUPONES-DONATIVO DE LA UNESCO

Este muchachito indú está aprendiendo a caminar otra vez gracias a los Cupones-Donativo de la Unesco. Víctima de la poliomielitis, la Sociedad de Bombay para la Rehabilitación de Niños Paralíticos le ayuda a recobrar el sentido del equilibrio por medio de aparatos especiales que han sido adquiridos para el Centro Ortopédico de Bombay por cinco escuelas de Francia y dos organizaciones estadounidenses, utilizando al efecto los Cupones de la Unesco. El Cupón-Donativo de la Organización es una forma de cheque internacional que los grupos interesados pueden enviar a más de 35 países en todo el mundo a fin de que éstos adquieran los útiles escolares o los aparatos necesarios a otras instituciones establecidas en zonas de insuficiente desarrollo económico o castigadas por la guerra. A propósito de los proyectos que funcionan gracias a dichos cupones VÉANSE LAS PAGINAS 20 a 23.